



Hecho con AMOR

+ 3 apasionantes
relatos,
de regalo

✧
Lorraine
Cocó
✧

Colección  Bocaditos

Hecho
con
AMOR

Lorraine Cocó

Colección  Bocaditos

© 2016, Hecho con amor © Lorraine Cocó
© Imágenes originales para la portada, Dollarphotoclub
Autor: Lorraine Cocó
Corrección: María José Gómez Benito
Maquetación: Mar Fernández
valeriemillerescibe@gmail.com
Diseño de portada: Lorraine Cocó

Todos los derechos reservados. Cualquier
forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o *transformación*
de la obra, solo podrá realizarse con
la autorización expresa de los
titulares del copyright.

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[La coleccionista de noches vacías](#)

[Besos de cereza](#)

[Desde ese instante](#)

[Sorteo](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras](#)

Agradecimientos

Millones de gracias a todas mis encadenadas. Sin vosotras nada de esto tendría sentido. Sois tantas que sería muy complicado nombraros a todas, además de injusto, pues seguramente me dejaría algún nombre en el tintero.

Pero sabéis que os llevo a todas en el corazón.

También quiero dar un agradecimiento especial a Mariché. Maravillosa editora. Inestimable amiga. Y aún más, impresionante persona. Doy gracias de que te hayas cruzado en mi camino.

Y finalmente a ti lector, por querer sumergirte en la historia de Poppy y Liam que, indudablemente, está hecha con mucho amor.

Te deseo una feliz y apasionante lectura,

Lorraine Cocó

Capítulo 1

—Un batido de fresa y plátano, con sirope de vainilla, por favor —Liam ordenó su pedido apoyado en el mostrador de la cafetería, con decoración años 50, que tanto le había sorprendido. Había quedado allí con algunos compañeros que se la habían recomendado. Y aunque al principio dudó del gusto de alguno de ellos, tenía que reconocer que definitivamente le gustaba el sitio.

—¡Batido de fresa y plátano con sirope de vainilla! —gritó inmediatamente la camarera a una chica al otro lado de la barra que debía ser la que los preparaba.

La camarera quedó a la espera de una respuesta de confirmación. Momento que aprovechó él para ojear por encima los carteles de los productos colgados tras ella. Había una gran variedad de tartas y postres caseros, helados, batidos y smoothies. Todo con una pinta excepcional.

—¡Poppy! —Gritó la camarera a su compañera, tras el mostrador.

Y al ver que la mujer que lo atendía fruncía el ceño sin apartar la vista de ella, sintió curiosidad. Se inclinó sobre la superficie cromada para poder ver también qué estaba pasando. Su gran altura le permitió con un pequeño movimiento divisar a la joven a la que iba dirigida la llamada de atención. Estaba en el otro extremo del mostrador, pero este no era muy largo. Debería haber oído a su compañera sin problemas. Su curiosidad se acrecentó al ver que la menuda morena, con el cabello recogido en un moño informal, y ataviada con el cortito uniforme rosa del local, estaba enfrascada en un frenético baile frente al reproductor en el que parecían poner la música. En aquel momento sonaba *Blue Suede Shoes* de Elvis Presley. Y tenía hipnotizada a aquella joven que movía las piernas, caderas, hombros y cabeza, totalmente absorta en la música.

Se inclinó un poco más sobre la fría superficie cromada del mostrador para no perder detalle de aquellos espontáneos, desinhibidos, y podría decir hasta insinuantes movimientos. El cuerpo de la chica era menudo, con curvas justo donde las debía haber. Las piernas bronceadas asomaban por su faldita del uniforme dejándole apreciar unos muslos torneados y prietos. Imaginaba que no era consciente de lo que podía provocar, pues estaba parapetada, oculta tras la vitrina de los dulces. Pero aquel baile alteraría a cualquiera que tuviese la suerte de presenciar el momento.

Sonrió y apoyó los codos para acomodarse mientras se deleitaba con las vistas sin percatarse de que la camarera que lo estaba atendiendo lo observaba reprimiendo romper a reír. Después esta volvió su atención a su compañera segura de que no le iba a prestar la más mínima atención hasta que la canción finalizase, y decidió ir hasta ella.

—¡Poppy, el pedido! —dijo al tiempo que le tocaba el hombro para llamar su atención.

—¡Maggie! ¡Estaba bailando! —Protestó la joven, pero él no pudo ver su rostro. La camarera, de mayor tamaño, cubría a la chica por completo.

Se inclinó un poco más. Se moría de curiosidad por ver la cara de la chica. Y apenas tuvo que esperar. La camarera susurró algo a su oído y esta, inmediatamente, se asomó por el hombro de su compañera a echar un vistazo en su dirección, pillándolo medio tumbado en el mostrador, curioseando.

Su primer gesto fue de sorpresa, que transformó su rostro haciendo que abriese sus bonitos ojos castaños de manera desorbitada. Pero apenas un segundo después frunció los labios en una mueca de enfado, levantó la barbilla y volvió a colocarse tras la camarera cuchicheando algo en tono bajo. No supo cuáles fueron las palabras que salieron de aquella boquita de capricho, pero la camarera volvió a la barra aguantando de nuevo la risa mientras la morena le daba intencionadamente la espalda, decidida esta vez a preparar su pedido.

Cuando llegó hasta él, la camarera tosió para llamar su atención.

—¿Para llevar o para tomar aquí? —le preguntó.

Liam tuvo que dejar de observar a la chica, y hacer un patético intento por disimular, haciendo que admiraba los asientos de cuero turquesa, las mesas cromadas y las imágenes de coches antiguos en blanco y negro de las paredes.

—... Mm... para tomar aquí.

—Muy bien, guapo.

Le regaló una sonrisa en respuesta.

—Te lo serviremos en la mesa. Este es tu ticket —Se lo ofreció en una diminuta bandeja con el logo del local impreso en ella, “Hecho con Amor”, que resaltaba en un vivo color rosa.

Sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y pagó el importe indicado en el ticket. Tomó las vueltas y se giró con pereza hacia las mesas, eligiendo una cercana en la que esperar a sus compañeros, pero de repente sintió la necesidad de acompañar el batido con alguno de los postres que había visto en la vitrina de la barra. Volvió sobre sus talones y se dirigió de nuevo a la camarera.

—Perdona, ¿podrías ponerme también una porción de tarta de manzana?—pidió justo en el momento en el que la chica que preparaba los batidos dejaba el suyo sobre el mostrador.

—Aquí lo tienes, Maggie —dijo la chica, pero su mirada se clavó inmediatamente en él.

Ahora la tenía de frente y pudo deleitarse en sus pequeñas y bonitas facciones presididas por aquellos hermosos y expresivos ojos castaños. Tan oscuros y vivaces que era imposible desviar la atención de ellos, hasta que su gesto volvió a torcerse en aquella mueca de enfado.

Liam recibió el cambio con diversión y amplió su encantadora sonrisa, regalándosela directamente a ella. Lo que pareció desconcertarla, y a que desvió la mirada con rapidez, no sin antes hacerlo percibir algo de rubor.

Encantador, pensó Liam divertido. No había imaginado que aquel pueblo al que había sido destinado hacía pocos días fuese a ofrecerle tantos alicientes. No se dio cuenta de que la camarera se había ausentado de la barra para ir a por su tarta hasta que esta se la puso delante y dejó una cucharilla envuelta en una servilleta, junto al plato.

—¿Deseas algo más, guapo? —le dijo sin ocultar su tono divertido.

Liam volvió a abrir la cartera observando de reojo a la morena, otra vez en el extremo de la barra.

—A ella no te la puedo servir en una blondita de papel —comentó haciéndole ver que se había dado cuenta del interés en su compañera.

Y fue Liam el que se sintió ruborizar ligeramente por haber sido pillado. No había sido muy disimulado, y ya había poco que hacer al respecto. Ensanchó la sonrisa mientras sacaba el importe para pagar la tarta.

—Seguro que no, Maggie —la llamó por su nombre, tras leerlo en la chapa de su uniforme—, pero podrías decirme a qué hora sale de trabajar, por si me deja invitarla a un café —añadió susurrando mientras dejaba el dinero sobre la barra.

La rubia, frente a él, exhibió un gesto pícaro que alimentó sus esperanzas.

—Dudo que lo consigas, guapo. Aunque esa sonrisa tuya es un arma de destrucción masiva, y quizás puede que la haga dudar. Aun así, me temo que no tienes nada que hacer —añadió cobrándole y dejó las vueltas sobre la bandejita.

—¿Tiene novio? —preguntó directamente.

La camarera miró furtivamente a su compañera antes de contestarle.

—No debería estar dándote información sobre mi hermana, pero... parece buen chico. Y lo suficientemente listo como para saber dónde te metes.

Liam la miró con una mezcla de sorpresa, ante la revelación de que fuesen hermanas, pues no se parecían en absoluto. Y diversión ante la perspectiva de conseguir más información de la que, sin duda, se acababa de convertir en su próximo objetivo.

—No tiene novio...

Ensanchó la sonrisa, satisfecho.

—Pero no sale con chicos de la base.

El gesto de Liam cambió inmediatamente.

—¿Cómo sabes que soy...?

—Guapo, llevo casada doce años con un militar. Los huelo a kilómetros y tú eres uno de ellos. Además por aquí pasan todos y esta es tu primera vez. Eres nuevo en la ciudad.

—Y lo sabes porque no me habías visto antes...

—Y porque vas a intentar ligar con Poppy, y todos los militares de la base saben que ella es inalcanzable.

—Inalcanzable... Eso suena más a reto que a impedimento, Maggie.

Esta río abiertamente. Aquel chico guapo y decidido a conquistar a su hermana, realmente no tenía idea de dónde se estaba metiendo. Pero ella estaba más que encantada de ser espectadora y ver el intento. Echó un vistazo a Poppy que la observaba hablar con el guaperas, con el ceño fruncido.

—Sale a las ocho —le informó. Y resopló esperando no estar equivocándose. Siempre había tenido un sexto sentido con la gente. Y su hermana necesitaba un poquito de diversión.

—Gracias, Maggie. Eres un amor —le dijo tomando su tarta de manzana del mostrador con la sonrisa más radiante que ella hubiese visto jamás, bailándole en los labios.

—No lo creas. Estoy segura de que no sabes lo que estás haciendo.

Liam rio abiertamente.

—Espero que no, Maggie. Espero que no.

Capítulo 2

Nunca se había tomado una porción de tarta con tanta parsimonia. Supuestamente, quedar con los chicos tenía como finalidad conocer a sus compañeros e integrarse en su pelotón. Analizar al grupo y, fuera del entorno de trabajo, conocerlos un poco más. Porque como bien había apuntado Maggie era nuevo en la ciudad. Acababa de llegar destinado a la base. Pero la verdad era que desde que entró en el local y vio bailar a la pequeña morena, le costaba concentrarse en algo más que en verla pasear mostrador arriba, mostrador abajo, atendiendo los pedidos. Cada vez más intrigado en ella, vio como a pesar de su insistencia en mirarla, no conseguía que le devolviese su atención ni una sola vez.

—Sargento Wallas, ¿podía haber elegido cualquier destino, por qué ha decidido venir a Fort Rucker?

La pregunta venía de Morris, el líder de su pelotón, que había mostrado bastante interés por él y su traslado. Dejó de centrar su atención en la chica y miró fijamente a su cabo primero.

—Mi padre nació aquí. Él también fue piloto en la 145th. Quería conocer... su ciudad natal —Su repuesta a grandes rasgos, sin entrar en los detalles que realmente lo habían motivado a ir hasta allí, parecieron satisfacer al grupo. Y asintieron en silencio.

—En fin, pues solo nos queda una cosa por hacer para que sea oficial; ¡un brindis de bienvenida! ¿Verdad, chicos? —tomó de nuevo la palabra Morris. Cogió su vaso de refresco de la mesa y lo alzó invitando a sus compañeros a imitarle.

Liam fue a tomar el suyo cuando vio que estaba vacío. Hacía tiempo que había terminado su batido.

—No puede brindar con una copa vacía, sargento —apuntó uno de sus chicos.

—Da mala suerte —confirmó otro.

—¡Poppy, guapa! ¿Puedes traer a nuestro sargento otro vaso de lo que estuviese tomando?

En cuanto Liam escuchó el nombre de la chica dirigió su mirada a la barra, encontrándose con la de ella. Solo le prestó atención un segundo y volvió a amargar su gesto para dirigirse a Morris.

—¡Jim Morris, sabes que no tenemos servicio de mesa! ¡Si quieres algo mueve tu feo culo hasta el mostrador y pídelo tú mismo! —Fue la contestación de la chica al soldado y todos se echaron a reír. Ella no mutó el gesto, solo se limitó a apoyar las manos en el mostrador retándolo a ir hasta allí, con mirada pétrea.

—Maggie sí nos sirve los pedidos... —protestó él mismo. Según parecía participando de una discusión que se daba con frecuencia.

—Pues lo tienes fácil, espera sentado a que vuelva ella—le contestó y comenzó a pasar un trapo por la superficie cromada.

—Es una pena que con una cara tan dulce, tengas un carácter tan amargo—replicó el soldado y se echó a reír acompañado del resto del grupo —. Así jamás conseguirás un hombre.

Más risas.

—Si por hombre te refieres a uno como tú, espero que así sea, soldado. Por nada del mundo querría terminar siendo la que te lave los calzoncillos.

El soldado dejó de reír inmediatamente, en cuanto el resto de la mesa comenzó a mofarse de él por el comentario de la chica.

—Y ahora, si no tenéis nada más con lo que hacerme perder el tiempo, tengo muchas cosas que hacer... —dijo comenzando a ir al otro lado del mostrador.

Liam se levantó de inmediato antes de que ella se marchase. Y en la mesa, a su espalda, se escucharon risas y cuchicheos.

—Perdona —la llamó para detenerla—, tras el espectáculo, sigo sin tener una bebida con la que brindar —dijo llegando hasta la barra.

Poppy volvió lentamente hasta su posición anterior, observándolo con cautela. Tras él, el resto del grupo aguardaba atentamente su respuesta.

—¿El espectáculo? —preguntó elevando una ceja.

—¿No era eso lo que acabo de presenciar?

Poppy iba a protestar altiva, pero él la detuvo con un gesto de su mano.

—Tranquila, ya me han advertido que eres... —Liam le brindó una pícaro sonrisa que hizo resplandecer sus ojos verdes— ¿...Inalcanzable?

La chica lo miró un segundo a aquellos increíbles ojos verdes antes de contestar.

—Ya, pero me da que no eres de los que hacen caso a las advertencias, ¿me equivoco? —Se cruzó de brazos frente al pecho.

—Para nada. No me gusta que me pongan límites. Prefiero decidirlos yo. Y la verdad, me intriga bastante el hecho de que tengas vetada a toda la base. ¿No te gustan nuestros uniformes? —preguntó en un susurro apoyándose en el mostrador y bajando a su altura.

Poppy se puso algo nerviosa al verlo acortar la distancia. Aquel soldado tenía una sonrisa demoledora, y la miraba de una forma... que la inquietaba. Tampoco le gustaba que la hubiese pillado bailando. Frunció el ceño inmediatamente al recordar la escena.

—No me gustáis vosotros; vuestra chulería, vuestra forma de hablar y de pensar que sois el premio gordo para todas las chicas de este pueblo. Yo no ansío casarme con un militar...

—Al que terminar lavando los calzoncillos...—la interrumpió nuevamente. Y vio como ella respiraba enérgicamente, empezando a impacientarse. Se cruzó de brazos—Pero me pregunto qué tiene nuestra ropa interior de especial a la del resto de los hombres. ¿O es que no sales con hombres, y punto?

—¡Oh, oh! ¡La está enfadando! —gritó uno de los chicos a su espalda.

Liam sonrió y Poppy lo taladró con sus enormes ojos castaños.

—¡Yo sí salgo con hombres!

—No, no lo creo —Se incorporó y fue él el que se cruzó de brazos frente a ella dejándole apreciar su gran tamaño—Intuyo, más bien, que sales con chicos; manejables y dóciles, que sigan las órdenes de la princesa inalcanzable. Y no te acercas a la base porque no te atreves con los hombres de verdad.

La estaba provocando.

El rostro de Poppy adquirió una tonalidad carmesí difícil de describir.

—¡Un hombre! Te tienes en muy alta estima, guapo... —Puso las manos en las caderas, dispuesta a enfrentar pelea.

—¡Gracias! —la cortó él antes de que siguiese con la frase— pero ahora ya no puedes halagarme. Es tarde. Aunque tranquila, a mí no me gusta salir con princesas. Demasiados caprichos, inseguridades... Me interesan más las mujeres de verdad. Así que estás a salvo conmigo —Levantó ambas manos alejándose de ella, y la dejó sin palabras.

—Y ahora, si me pones otro batido, brindo con mi pelotón y dejo de molestarte. —Terminó con la intención de no darle oportunidad a réplica.

Maggie en la entrada a la barra contuvo la respiración. Acababa de llegar de reponer las cámaras y había presenciado la conversación entre su hermana y el nuevo sargento, y ya contaba los segundos que tardaría esta en vaciarle por la cabeza uno de sus preparados helados. No iba a ser el primero en irse bañado. Y por mucho menos.

—¡Claro! Será un placer servirte —contestó Poppy con una enorme y complaciente sonrisa. Sorprendentemente se marchó al fondo del mostrador a preparar el pedido.

¡Oh, Dios! ¡Lo iba a hacer! ¡Lo iba a hacer! Pensó Maggie mortificada. Temiendo ya por el pobre sargento. Lo iba a bañar en batido de fresa y plátano con sirope de vainilla. Se apoyó en la barra y esperó. Observó a los chicos en la mesa aguantando las risas. Segundos más tarde vio a su hermana acercarse al mostrador con aquella inquietante sonrisa en los labios, y la copa de batido llena a reventar. Ante la atenta mirada del sargento, se subió en una banqueta, levantó el brazo por encima de su cabeza y se lo derramó por encima apurando hasta la última gota.

¡Esa era su hermana! No defraudaba jamás, se dijo Maggie cabeceando mientras veía al pobre hombre quitarse el batido de los ojos. Parpadeaba frenéticamente, boquiabierto.

—¡Ya está bautizado, sargento! ¡Bienvenido a Fort Rucker! —le dijeron los soldados entre risas, dándole palmaditas en la espalda.

—¿Vosotros sabiais...? —empezó a preguntar atónito mientras se quitaba el espeso líquido del rostro. Pero entonces vio de soslayo como la menuda morena salía de detrás del mostrador, se deshacía del delantal del uniforme, y abandonaba el local.

Muy bien, princesa. Con que esas tenemos..., pensó. Se llevó un dedo a la boca y saboreó el batido.

El juego acababa de empezar.

Capítulo 3

—Nunca imaginé que este pueblo sería tan animado —Liam miró alrededor, después a Morris, y sonrió abiertamente.

—Esto es Alabama, sargento. Tenemos muchas fiestas y tradiciones. Y aquí los militares gozamos de una gran presencia. El festival de San Valentín, con la cantidad de solteros que somos, no iba a ser menos.

El gesto pícaro de su cabo dejaba claro que tenía ciertas expectativas al respecto de acabar con su soltería.

—Lo he visto; cenas, conciertos, concursos y hasta esta feria. No imaginaba tanto despliegue en honor a Cupido —apuntó decidiendo, entre tanta gente allí congregada, hacia dónde deberían dirigir sus pasos.

Habían pasado las últimas dos semanas encerrados en la base. Con unas maniobras de entrenamiento que los habían mantenido recluidos. En cuanto dio permiso a su pelotón para salir, lo hicieron como toros desbocados. Entre la multitud que estaba en la feria era fácil reconocer, cada pocos pasos, a alguno de los soldados de las distintas unidades de la base.

—Me han comentado que es usted un gran tirador... —Morris dejó caer el comentario y le señaló con la cabeza la caseta de tiro al pato que tenían a pocos metros, frente a ellos—¿Le apetece competir?

—¿Por qué no? Será divertido —aceptó sonriendo.

Ciertamente era algo más que buen tirador y ese tipo de atracciones, desde niño, siempre habían estado entre sus preferidas. Se dirigieron decididos hacia allí hasta que, pocos pasos después, reconoció en la caseta a la menuda morena que cargaba la escopeta al hombro y se preparaba para tirar en ese momento. Primero se detuvo un segundo a observarla y después ensanchó la sonrisa dispuesto a enfrentarse a ella, en un segundo asalto.

Poppy estaba concentrada. Mantenía firme la postura. La escopeta bien colocada contra su hombro, el dedo en el gatillo y el ojo en la mirilla. Sabía que aquella escopeta de feria tenía una ligera desviación a la derecha y recolocó su situación. Contuvo el aire y apretó el gatillo justo en el momento en el que una voz masculina, pegada a su oído le susurró acariciándole el lóbulos:

—Me debes un batido.

La impresión hizo que pegase un bote tal, que el perdigón salió disparado clavándose en el escenario. No llegó ni a rozar al pato. Era la primera vez que fallaba un tiro desde que su padre le enseñó a disparar, con nueve años. Apretó los dientes y respiró profusamente hasta incluso ver dilatársele las aletas de la nariz. Se giró para encarar al gracioso que la había interrumpido.

Y entonces se encontró con aquellos ojos verdes. Aquellos increíbles ojos verdes que, muy a su pesar, habían invadido su mente en varias ocasiones, sin permiso, durante los últimos días. No había esperado encontrarlo allí entre tanta gente. Tampoco había vuelto por la cafetería. Pensó que su bautizo había sido lo suficientemente disuasorio para no querer volver a provocarla. Pero ahí estaba, a pocos centímetros, exhibiendo una enorme y granuja sonrisa, y fastidiándole el tiro.

Dejó la escopeta sobre el mostrador y apoyó ambas manos en las cadenas.

—¡Vaya! Si son el “Sargento Sirope de vainilla” y su compañero de batallas, el “señor Calzoncillos”...

Liam contuvo una carcajada a punto de estallarle en el pecho.

—Señoritas... —las saludó Morris pero su atención se centró exclusivamente en su amiga Nora, que junto a ella aguardaba sosteniéndole el enorme algodón de azúcar rosa que se había comprado minutos antes. Poppy también lo ignoró y se dispuso a contestar al sargento.

—¿Acaso no tuvo suficiente batido el otro día? Al no volver, pensé que se había quedado... lleno. —Esta vez se cruzó de brazos y arqueó una ceja, esperando la respuesta.

—¿Es que me has echado de menos, princesa?

Poppy abrió inmediatamente la boca para protestar mientras fruncía el ceño fulminándolo con la mirada.

—Tranquila, fiero. Es solo una broma. Lo habría pensado de no saber que no te gustan los hombres de verdad. Pero sé que estoy a salvo contigo —Tras el comentario la obvió por completo pasando por su lado, y tomó del mostrador la escopeta que ella había dejado. Miró por la mirilla y sonrió al hombre que llevaba el puestito. Sacó un par de billetes del bolsillo y pagó su jugada.

Una vez más la había interrumpido y después ignorado. Poppy apretó los puños hasta marcarse con las uñas las palmas, dando un paso atrás. Él era tan grande en comparación con ella que a su lado parecía que acaparaba todo el espacio.

—¿Quieres que nos marchemos? —Oyó la pregunta de Nora a su lado. Su amiga le regalaba una mirada azul e implorante, sobre el enorme algodón de azúcar rosa al que se asía con nerviosismo. Nora solía acusarla de impedir que ligase, pues siempre que iba con ella espantaba a los chicos con su aguda hostilidad. Pero en ese momento no se trataba de su amiga, sino de poner en su sitio al gallito que tenía frente a ella y que se había hecho con su escopeta.

—No, no nos vamos. Me quedan tiros —contestó volviendo al mostrador, decidida. Pasó junto al sargento y tomó la escopeta que había a su lado. Se colocó en posición y avisó—“pato”—Al instante el hombre de la atracción pulsó un botón y de entre la maleza que decoraba la caseta asomó el dichoso animal de madera. Disparó inmediatamente consiguiendo abatirlo, como ya esperaba hacer.

Sonrió satisfecha.

La sonrisa le duró lo justo para ver como el sargento le tomaba el relevo e imitándola dio su aviso al hombre. Con su primer disparo hacía caer al pato que asomó cercano al que ella había derribado. El tiro fue limpio e increíblemente rápido.

Esta vez Poppy frunció el ceño.

—¡Pato! —avisó nuevamente. De otro certero disparo hizo caer su segundo pato.

Liam miraba a la chica, que mostraba una cara de concentración muy graciosa. Estaba decidida a dejarlo en su sitio, pero ella no sabía de su formación como francotirador. Y por mucho que lo estuviese sorprendiendo, no tenía la más mínima oportunidad de vencerle. Dejó de observarla para hacer su segundo disparo y abatir su pato sin problemas.

—Podemos estar así toda la tarde, o reconoces que me debes un batido —le dijo mientras la observaba volver a colocarse en posición para disparar. Esta vez no la distrajo y acertó de pleno en su tercer pato. Mientras siguiesen derribando figuras, seguirían disparando.

—¿Y qué tenía de malo el último que te serví? ¿Le faltaba sirope? —preguntó ella con falsa inocencia.

Liam se deleitó en su gesto, solo un segundo, antes de aprovechar su turno para derribar su pato.

—Me parece que no cumplía con lo que prometéis en la carta —comentó mientras la observaba colocarse para disparar.

Entonces Poppy desvió la mirada de la mirilla y se detuvo a observarlo en busca de una explicación.

—No estaba hecho con amor. Esperaba algo más... dulce —volvió al ataque.

Poppy entornó la mirada peligrosamente.

—Poppy, tenemos que irnos. Es la hora —interrumpió en ese momento, Nora, susurrándole al oído.

Poppy no dejó de mirar fieramente al sargento.

—¿Y a dónde vais con tanta prisa? —preguntó Morris evidentemente interesado en conocer un poco más a Nora, a la que no quitaba ojo.

—Participamos en la caseta de bes... —la frase de Nora se vio interrumpida al recibir en su boca una madeja de algodón dulce que Poppy cortó especialmente para callarla.

—A ningún sitio que os interese —terminó por ella. Tomó a su amiga del brazo y la empujó ligeramente apremiándola a marcharse de allí.

Nora, con la boca llena, se despidió con la mano de los dos hombres, por encima de su hombro. Aunque brindó una pequeña sonrisa a Morris que de repente vio

alimentadas sus esperanzas.

—Vaya, otra vez ha salido corriendo —se quejó Liam expresando en voz alta la frustración que el hecho le producía.

—Yo sé adónde van.

Liam lo observó sonreír sin apartar la vista de la dirección por la que se habían perdido las chicas, entre la multitud.

—¿Y va a compartir la información conmigo o va a seguir con esa cara de bobo, soldado?

—Van a la caseta de los besos robados —dijo sin borrar la sonrisa boba de los labios. Que inmediatamente se contagió en los de su sargento.

Capítulo 4

—Hemos tardado quince minutos en atravesar trescientos metros. Espero que no lleguemos tarde o perderemos la oportunidad de participar.

Morris señaló la entrada de la caseta a Liam a pocos metros de ella.

—¿Lo has hecho más veces? ¿Cómo funciona esto?

Su cabo sonrió enigmáticamente y por un momento se preguntó dónde se estaría metiendo.

—Va a tener que ser valiente, sargento —Rio Morris.

—¿Por qué? ¿Qué es lo peor que puede pasar? —quiso saber Liam, y explotó la mejor de sus sonrisas.

—Pues el primer año que participé, yo buscaba conseguir un beso de Patricia, una preciosa maestra de secundaria con unas piernas de infarto.

—¿Y qué pasó?

—Que terminé besando a Dotty, la de la tienda de ultramarinos. No es fea del todo, pero tiene más bigote que mi tío Stuart. Y le aseguro, sargento, que nunca he visto un mostacho como el suyo.

—Ya... —chasqueó Liam la lengua contra el paladar mientras entraba en la caseta; una enorme carpa donde la congregación de gente era muy similar a la de fuera. Sin duda era una atracción popular aquella de los “Besos robados”. Nuevamente sintió crecer su curiosidad.

Él no era un hombre de ir besándose con cualquier mujer. Y si quiso ir hasta allí, evidentemente, había sido buscando a la pequeña morena que tanto le intrigaba.

Ahora se preguntaba si entre tanta gente conseguiría encontrarla. Echó un vistazo a un lado y a otro y se sorprendió al apreciar que cuantos le rodeaban eran hombres.

—¿Dónde demonios me ha metido, cabo?

—No se preocupe, sargento. Las chicas deben estar ya en sus puestos —contestó leyéndole la mente.

—Muy bien, creo que es hora de recibir un poco más de información.

Liam se cruzó de brazos sin moverse del sitio esperando que Morris comenzase a explicarse.

—Esto es como las apuestas, señor. Tiene que jugársela y dejarse llevar por su instinto. Cada año las chicas eligen qué parte de su cuerpo van a mostrar.

Liam elevó una ceja lleno de curiosidad.

—Después se colocan en los cubículos, y los chicos tienen que reconocerlas viendo solo la parte que exhiben. A la chica que elijan, pueden robarle un beso.

Está vez Liam se rascó la nuca riendo. Ahora ya sabía que se había vuelto loco al ir hasta allí. Sí, creía haberse fijado bien en la chica, pero tanto como para reconocerla viendo una única parte de su cuerpo... Como no mostrase aquellas esculturales piernas... Por otro lado, la posibilidad de conseguir un beso de la morena bien merecía hacer la apuesta. Inspiró enérgicamente llenándose de valor y optimismo.

—Oh, oh...

—¿Qué ocurre? —preguntó Liam girándose hacia Morris que de repente parecía confuso.

—Han elegido las manos. Es prácticamente imposible distinguirlas. Se cambian la manicura. También las joyas, entre ellas...

—Imagino que les gusta ponerlo difícil.

Había dado un buen repaso a la morena, pero tenía que reconocer que no se había fijado en sus manos. Había estado más entretenido en perderse en sus ojos, en sus pestañas infinitas, en los gestos graciosos y ofuscados de sus pequeñas facciones, en las vertiginosas curvas de su menudo cuerpo. Pero las manos... Iba a ser una apuesta arriesgada. Por un momento se imaginó siendo él, el que besaba en aquella ocasión a Dotty, la chica de los ultramarinos.

Pero no se iba a achantar. Era un soldado, el sargento primero de su pelotón. Pilotaba UH-60 Black Hawks. Tenía hombres, vidas, a su cargo. Había sido dos veces condecorado por su valor en sus participaciones en la operación Libertad en Afganistán. No podía echarse atrás en ese momento. Solo tenía que agudizar el instinto.

—Muy bien, vamos allá —instó a Morris a seguirle, comenzando a hacer la rueda de reconocimiento.

Quince minutos estuvieron dando vueltas por la sala. Había visto tantas manos de chicas; grandes, pequeñas. De manicuras coloridas y variadas. Enjoyadas y desnudas... Decidió descartar primeros la de tamaño más grande. Una chica pequeña, como ella, debía tener unas manos menudas. Después eliminó de su lista las de manicura excesivamente cursi. Tampoco le parecía que fuese su estilo, aunque bien podría haber cambiado para despistar. Aún sí, decidió seguir adelante. En cuanto a las joyas... ese era otro tema. Era fácil, como bien le había explicado Morris, que hubiese intercambiado accesorios con alguna amiga. Así que no podía fiarse.

Y entonces la vio.

Mostró una sonrisa ladina al detenerse frente a una mano menuda de piel delicada. Manicura discreta; apenas un poco de brillo sobre unas uñas cuidadas y redondeadas. Un par de anillos plateados, uno en el índice y otro más fino en el anular. Podían haber sido de otra chica, pero lo que llamó su atención fue un pequeño rastro de algodón de azúcar rosa que se había adherido al primero de los anillos.

Recordó como minutos antes ella había tomado una buena madeja de su algodón dulce para callar a su amiga. Debió de mancharse en ese momento. Todo lo demás coincidió con ella. Tomó aire. Tenía que jugársela, y sin pensárselo más se colocó frente al cubículo y fue a tomar la pequeña mano con la suya.

Poppy estaba aguardando en su cubículo con la mano en la bandeja, esperando ser elegida por alguno de los chicos que participaban en la caseta. Si no hubiese perdido aquella maldita apuesta con su hermana, dos semanas atrás, ese año se habría librado de participar. Pero Maggie la conocía demasiado bien, y en cuanto vio entrar al sargento guaperas en el local, supo que haría de las suyas. No sabía si de haber recordado la apuesta entre ambas, habría evitado derramar el batido sobre él. Lo dudaba. Pero lo cierto es que en ese momento se había visto tan furiosa, tan provocada por su altanería, que solo pensó en refrescarlo un poquito. Sonrió con malicia al recordarlo parpadear con el rostro lleno de batido. Lo tenía bien merecido. Pensándolo bien, el precio a pagar por haberlo hecho no era tan alto. Un beso, nada más.

Entonces, sin previo aviso, una mano grande tomó la suya, sorprendiéndola. Tuvo que morderse el labio inferior para evitar una expresión malsonante. La mano del hombre cubría la suya por completo. Debía ser un tipo grande. El tacto era cálido y agradable. Se alegró de que no fuese uno de esos tipos de manos sudorosas y tacto frío que tanto le repugnaban. La palma era un poco áspera pero la tocaba con delicadeza. Se sorprendió disfrutando de la inesperada caricia de su dedo índice sobre la piel fina y sensible del interior de su muñeca, sobre una pequeña mariposa tatuada en blanco y negro que se había hecho un par de años antes. Contuvo el aliento al sentir como su corazón se desbocaba con aquella mínima caricia.

—¡A todos los solteros! ¡Espero que estéis seguros de vuestras elecciones! ¡Ha llegado el momento de descubrir a quién habéis elegido!

Una voz femenina, por megafonía, anunció el gran momento. Y Poppy aprovechó la interrupción para deshacerse del turbador contacto de aquella mano sobre la suya. Se preguntó cómo sería ser besada por el hombre que le había provocado tantas reacciones solo tocándole una mano.

—¡Solteros, podéis entrar en los cubículos! —volvió a anunciar la voz femenina, cargada de entusiasmo.

Poppy contuvo el aliento extrañamente nerviosa. Su espacio se abrió y el aire se hizo doloroso en sus pulmones al ver quién era el propietario de aquella mano tortuosa.

Liam se encontró con aquellos maravillosos ojos castaños y respiró aliviado al ver que se trataba de ella. Solo había ido hasta allí y participado en aquella excéntrica atracción con la esperanza de probar los labios de la preciosa chica que tenía frente a él. Si no la hubiese visto en su salsa, en pie de guerra, habría jurado que estaba tan nerviosa como él. Lo miraba fijamente y aunque esperó un segundo que protestara o le hiciese algún comentario ácido al verlo frente a ella, no lo hizo. Se mantuvo en silencio viéndolo acercarse un paso más, para quedar a pocos centímetros de su rostro.

Las luces de la caseta bajaron de intensidad y en el hilo musical comenzó a sonar “*Like i'm Gonna lose you*” de John Legend y Meghan Trainor. El ambiente más romántico no podía ser. Bueno, podrían haber estado solos, pero la habría besado en mitad de aquella feria de haber tenido la oportunidad. La observó un segundo mientras ella abría ligeramente aquella boquita de labios provocadores, conteniendo el aliento. No podía esperar más, no quería darle la oportunidad de arrepentirse de estar allí, y rodeó su pequeño rostro con las manos. La sintió estremecerse bajo el contacto de sus dedos que llegaban hasta su nuca, enredándose en su cabello oscuro y

sedoso. Se inclinó sobre ella deseoso de perderse en el sabor de su boca, y pegando sus rostros, se apropió de sus labios presionándolos con los suyos, ligeramente, tanteándolos, sucumbiendo al tacto delicado y exquisito de los mismos. La respiración de ambos se aceleró inmediatamente, como si el aire se espesase para ambos. Como si el anhelo creciese entre ellos como una ola imparable. Liam presionó con mayor intensidad y cuando un pequeño gemido escapó de los labios femeninos, introdujo su lengua en busca de la suya. La danza sensual, íntima y cálida de sus jugos, de sus lenguas insaciables, lo emborrachó haciendo que olvidase dónde estaba. Bajó un brazo y la rodeó por la cintura elevándola contra su cuerpo, pegándola a él. Queriendo sentir como las curvas excitantes de la chica se acoplaban a su cuerpo de manera más íntima. El siguiente gemido en escapar fue el suyo, cuando ella rodeó su cuello con los brazos y le mordió el labio inferior con exquisita ternura.

Quería mucho más.

Pero la canción terminó y una sirena que anunciaba el final del tiempo del beso sonó retumbando en sus oídos. Liam, con pereza, separó los labios de la chica con la respiración entrecortada y la mirada nublada por el deseo. Pero mantuvo la frente apoyada en la de ella, un par de segundos, mientras intentaba recobrar el control de sus sentidos. Lentamente la chica se separó de él, bajando las manos por su cuello, hasta posarlas en su pecho. Y sintió como ya comenzaba a anhelarla a pesar de seguir manteniendo las manos en su cintura.

Poppy dio un paso atrás para terminar de separarse del cuerpo del sargento. Se sentía mareada, con la respiración agitada y confusa. Jamás se había visto tan alterada con un único beso y temió caer de bruces en aquel mismo instante, ante la atenta mirada del hombre que acababa de despertar cada uno de sus sentidos.

—¡Qué bien que te encuentro! Tenemos que irnos de aquí, ¡ya! —interrumpió el momento Nora apareciendo tras ella. La tomó de la mano sin percatarse del estado de la pareja que se miraba en silencio en el cubículo —Me ha tocado Izan Show, no hace falta que te explique que necesito urgentemente mi enjuague bucal, ¿verdad?— prosiguió tirando de ella fuera del cubículo enérgicamente.

Poppy salió de allí sin apartar la vista de aquella preciosa mirada verde.

—Oye, ¿no era ese el guapo sargento de la caseta de tiro? —Le preguntó Nora ya en la calle— ¡Qué suerte tienes, chica! Este es el último año que participo yo. Nunca me toca uno guapo...

Nora se giró al sentir que estaba hablando sola. Se encontró con su amiga, parada, con la mirada perdida en algún punto del suelo, tocándose los labios enrojecidos y ligeramente inflamados. Y supo que el momento que tanto había esperado para ella, había llegado.

Capítulo 5

—¡Lo siento! Sé que llego tarde. Es que no he pegado ojo esta noche —se excusó Poppy entrando tras la barra de la cafetería mientras se anudaba el delantal a la espalda. Maggie entornó la mirada echándole un vistazo.

—Levas toda la semana con excusas. No sé qué te pasa, Poppy, pero no eres la misma desde entonces. Parece que estás en las nubes. No te veía así desde el colegio, más concretamente desde el último año, cuando te quedaste colgada de aquel chico desgarrado... ¿Cómo se llamaba? —preguntó Maggie a su hermana acercándose a ella.

Poppy se había dirigido directamente a la cafetera y empezaba a servirse un café doble.

—No sé de qué me hablas. Yo no me colgué de nadie en el último curso...

—¡Claro que sí! Era ese chico tan vergonzoso que iba contigo a clase de dibujo... Tienes que acordarte, si no hacías más que hablar de él. Papá lo asustó un día que vino a recogerte, mientras limpiaba su arma —recordó con una sonrisa.

Maggie miró a su hermana esperando que esta corroborase su historia pero Poppy no hizo ademán de colaborar. Solo se bebió el café de un trago, como si de veras lo necesitase tras una larga noche en blanco.

—Tienes que acordarte —insistió—, si hasta le pusimos un mote...

—¡Oh! ¡Dios mío, Maggie! Eres tremenda. ¿No sabes parar? ¡Era Timothy Thomas! Y el mote se lo pusiste tú. Lo llamabas “Timtom Tontón”.

Maggie comenzó a reír al recordarlo.

—Es cierto, el mote se lo puse yo. Es que era tan... pavito...

Maggie vio como Poppy fruncía el ceño aún más que a su llegada y decidió dejar el tema de Timtom tontón antes de terminar de despertar a la fiera.

—Ujum... en fin. Que no te veía tan despistada desde entonces. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué me ocultas?

Siguió a Poppy hasta el extremo de la barra de la que tomó una gran bandeja ovalada para recoger las copas vacías de las mesas.

—No me ocurre nada en absoluto.

—Poppy, te conozco como si te hubiese parido —la adelantó y se colocó frente a su hermana impidiéndole el paso de salida de la barra.

—Pues parece que no tanto —replicó evitándola. Pasó por su lado y se dispuso a salir, pero entonces se detuvo en seco.

Se quedó blanca como el papel al ver al sargento sentado en una de las mesas, al otro lado del establecimiento. Y no estaba solo, lo acompañaba una bonita rubia con la que mantenía una, aparentemente, agradable e íntima conversación.

Dejó caer la bandeja metálica a sus pies, armando un terrible estrépito. El escándalo llamó la atención de la media docena de clientes que había en el local. Y todos dirigieron su interés a la barra. Poppy se agachó inmediatamente y, parapetándose tras el mostrador, recogió la bandeja con pulso trémulo.

¡Estaba allí! Hacía una semana que no lo veía. Una semana en la que tras el beso más alucinante que le hubiesen dado en su vida, no había vuelto a aparecer por allí. Cada día había ido a trabajar esperando secretamente que apareciese, pero no lo había hecho. Y cada vez que veía pasar las horas de sus turnos, en las que había aguardado patéticamente que lo hiciese, se sentía la mujer más estúpida del mundo. ¡Si él ni siquiera le gustaba!

Sí, besaba como un demonio, pero lo último que ella haría sería tener una relación con un maldito militar. ¿Qué hacía aguardando que hiciese acto de presencia por allí? ¡Era una autentica estupidez!

—¡Dios mío! ¡Te gusta el sargento! —le dijo su hermana a su lado.

Poppy tiró de su mano con nerviosismo, haciendo bajar a Maggie hasta su altura.

—¿Te has vuelto loca? ¡Calla esa boca!

Maggie observó el rostro de su hermana completamente desenchajado. Estaba pálida, nerviosa y sus manos temblaban más que su vieja lavadora en el programa de centrifugado. Estaba realmente descompuesta. Aquello era grave y sonrió feliz sin poderlo evitar.

—¿Por qué no sales a saludarlo?

La mirada desorbitada de su hermana le dejó claro que pensaba que había perdido la cabeza.

Poppy se levantó y volvió al interior del mostrador. Con la cabeza gacha lo recorrió deshaciendo su camino anterior y volvió a dejar la bandeja en su sitio. Escondida tras la vitrina de los muffins echó un vistazo rápido entre los pasteles al sargento y su acompañante. La rubia posaba en ese momento una mano sobre la de él. Poppy recordaba perfectamente el tacto de esa mano masculina.

—Lleva aquí solo quince minutos —la informó Maggie a su oído dándole un susto tremendo.

—¿Y a mí qué demonios tendría que importarme cuánto tiempo lleva aquí ese idiota? —le espetó con mirada furiosa.

Pasó junto a su hermana y fue al otro extremo del mostrador. Necesitaba mantenerse ocupada y no pensar. Tomó la caja de las pajitas y se dispuso a rellenar los dispensadores que solían poner en las mesas. Por suerte Maggie no lo había hecho aún. Así le daba algo en lo que ocupar su mente a punto de ebullición, mientras se escondía detrás del mostrador.

¡Era increíble! No había aparecido en una semana entera, tras... “el incidente”. Y cuando lo hacía finalmente, iba acompañado de una rubia y se dedicaba a hacer manitas. ¡Allí mismo! Estaba claro que para ella, “el incidente”, había significado mucho más que para él. Tal vez el sargento sirope estaba acostumbrado a ir besándose así con mujeres, cada dos por tres. Un exceso de práctica explicaría sus extraordinarias dotes para excitarlas con su solo contacto. Apretó los labios hasta que fueron una línea cargada de ira. No sabía si más hacia él o hacia su propia persona. ¿Cómo había sido tan patética dedicándole docenas de pensamientos aquellos días? ¿Se le habían atrofiado las neuronas con el beso?

—¿Sabes? Me han hablado muy bien de él. Según parece viene de Montana... —comenzó a explicarle su hermana no dándose por vencida. ¿Por qué insistía? ¿Acaso no veía que él iba acompañado?

Poppy resopló enérgicamente cerrando los ojos. Empezó a contar mentalmente, pero no pasó del uno.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa, Maggie? Ya te lo he dicho, ¡no me interesan ni el estúpido sargento, ni su estúpida vida! —le dijo elevando la voz, al tiempo que se levantaba y encaraba a su hermana. Pero en ese momento lo vio allí, frente a ellas. Parado tras el mostrador, con la intención de pedir algo.

El rostro de Poppy pasó del blanco como el papel al rojo más escandaloso.

—Hola Poppy —la saludó. Y en su rostro no pudo adivinar cómo había recibido su efusiva declaración.

—Maggie, atiende tú a este cliente. Yo estoy ocupada —fue la contestación de Poppy. Abandonó la zona en la que atendían a los clientes y volvió al fondo del mostrador, con la cabeza muy alta.

Liam la vio marchar con gesto altivo y elevó una ceja preguntándose qué habría hecho para obtener semejante recibimiento. Llevaba una semana deseando ir a verla. Desgraciadamente los entrenamientos de aquellos días le habían impedido hacerlo antes. Ese había sido el primer día en poder ir hasta allí y, como no podía esperar más, aunque había quedado con Amy, aprovechó la cita haciéndolo en la cafetería. Sin embargo y a pesar de que aquel encuentro era importante, (la razón que lo habían llevado hasta el pueblo), desde que entró en el local no había hecho otra cosa más que buscar con avidez a la pequeña morena. Su desilusión iba creciendo conforme pasaban los minutos hasta que la vio al otro lado del mostrador. Entonces no pudo esperar más y se acercó con la excusa de pedir un pastel para su acompañante. Pero era evidente que Poppy estaba enfadada con él. Aunque no imaginaba por qué pues aún no le había dado tiempo a sacarla de sus casillas.

—¿Qué te trae de nuevo por el mostrador? —le preguntó Maggie interrumpiendo sus pensamientos.

La mujer le brindó una sonrisa curiosa, y Liam resopló. Igual se había equivocado y el beso con Poppy había significado mucho más para él que para ella. Desde que la tuvo entre sus brazos, desde que probó el tortuoso y adictivo sabor de sus labios, de su lengua, no había dejado de pensar en ella. Como si se hubiese grabado a fuego

en su mente. Una y otra vez veía como sus pensamientos terminaban recordando el tacto de su piel, el olor de su cabello mientras la besaba, la sensación abrumadora de descontrol y deseo que lo envolvió al sentirla junto a él. Aquella pequeña mujer se le había colado dentro y desde que la vio marchar en la caseta de los besos tuvo claro que necesitaba más de ella. Mucho más.

—Sargento...

Volvió a llamarlo Maggie evidentemente contrariada por el hecho de que no le hubiese hecho su pedido aún.

—Necesito hablar con Poppy —atajó sin rodeos.

—¿Ahora la tuteas? —le preguntó la mujer.

La vio mirar a su hermana y después a él con el ceño fruncido, como intentando averiguar qué se le estaba escapando.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—La besé —confesó sin más. No solía hablar de su vida privada, pero esperaba encontrar en Maggie una aliada para acercarse a Poppy.

La vio abrir los ojos desorbitadamente sin dar crédito a sus palabras. Estaba claro que ella había sido mucho menos abierta con su hermana, y no le había contado lo sucedido entre ambos.

—Pues has debido causarle una gran impresión. Llevo toda la semana preguntándome qué demonios le está pasando. ¡Wow, sargento! Tenías razón, sabes lo que haces —le dijo con admiración.

—Bueno, por el recibimiento, no diría yo que tanto... —dijo rascándose la nuca.

Maggie observó al sargento mirar a su hermana y su gesto de abatimiento la conmovió.

—Muy bien. A ver lo que haces...

Liam la miró interrogativamente.

—¡Poppy, atiende tú, tengo que salir con urgencia! —llamó Maggie a su hermana mientras sacaba de debajo del mostrador su bolso, con premura, y se lo colgaba al hombro.

Poppy vio a su hermana dispuesta a marcharse y comenzó a temblar.

—¡No, Maggie, no puedes irte...! —Corrió por el mostrador intentando interceptarla pero, cuando llegó al final del mismo, ya había salido por la puerta. Se detuvo y resopló frustrada.

Su hermana se lo iba a pagar, se juró a sí misma.

Dio un par de pasos marcha atrás, lentamente, sin prisas. Hasta quedar a la altura del sargento. Tomó aire mientras apoyaba ambas manos en el frío mostrador y levantó la mirada sabiendo que no le quedaba más remedio que enfrentarse a él.

—¿Qué quieres? —le preguntó intentando aparentar una frialdad que no sentía ni de lejos.

—Una cita.

Poppy tragó saliva antes de hablar.

—Lo siento, no tenemos de eso —le dijo tomando la bayeta. Dejó de mirarlo y comenzó a pasarla por el mostrador enérgicamente.

Liam no lo pensó ni un momento. Le daba igual lo difícil que se lo pusiese, pero iba a conseguir quedar con ella. Posó una mano sobre la suya deteniéndola sobre la barra.

Poppy sintió como se le paraba el corazón dolorosamente en el pecho al sentir su cálido contacto.

—No puedes obviar lo que pasó entre nosotros el otro día...

Poppy tomó aire.

—Claro que puedo hacerlo. Quédate un rato más ahí, con... —apretó los labios en una mueca— tu amiga, y observa.

Tras un momento de perplejidad, un pensamiento iluminó la mente de Liam y sonrió satisfecho. ¿Estaba celosa? ¿Podía aguardar alguna esperanza después de todo?

—Lo que quiero decir es que... no quiero que lo hagas. Yo no he podido hacerlo. No he dejado de pensar en...

—“El incidente” —terminó la frase Poppy por él, queriendo quitarle importancia.

—El increíble beso que nos dimos —la rectificó él.

Poppy volvió a apretar los labios con impaciencia. Esos labios que sabían tan bien y que se moría por degustar otra vez.

—Mira, no quiero molestarte. Estás trabajando. Solo quiero que me des la oportunidad de conocerte y que me conozcas. Tal vez te sorprenda lo que descubras de mí y veas más allá de mi uniforme.

Poppy lo miró a los ojos y durante un segundo se perdió en su fascinante mirada verde. Ya sabía todo lo que tenía que saber de él. Y si una cosa tenía clara, era que no iba a convertirse en una muesca más en la lista de conquistas del “Sargento Sirope”. Pero no podía estar todo el día allí, perdiendo el tiempo con él.

—Está bien... —dijo ella pronunciando las palabras lentamente.

Liam no podía creer que ella hubiese aceptado tan rápidamente. Pero para su sorpresa Poppy tomó su mano, le dio la vuelta y apropiándose del bolígrafo con el que apuntaban los pedidos, le anotó su teléfono en la palma de la mano.

—Llámame y quedamos. Si ves que tardo en cogerlo, insiste. No suelo llevarlo encima.

—¡Claro! Dalo por hecho —dijo contento.

—Estaré esperando impaciente —dijo ella ampliando su sonrisa.

Liam le devolvió el gesto y mirándose incrédulo la palma, volvió a su mesa para terminar con su cita.

Capítulo 6

«¿Dónde radica la diferencia entre ser insistente y el acoso más brutal?», se preguntó Liam al finalizar su decimosexto intento de contactar con Poppy, aquella semana. Ella le había dicho que insistiese, que no solía llevar el teléfono encima. Pero el hecho de no haber conseguido hablar con ella aun, ¿no era una señal clara de que había cambiado de opinión? No podía creer que no hubiese oído alguna de sus llamadas. Ni visto los avisos en su móvil. Y de haberlo hecho, ¿no podría haberle enviado al menos un mensaje? Empezaba a sospechar que lo estaba evitando.

Completamente frustrado lanzó su móvil a la cama justo en el momento en el que este comenzó a sonar. Sorprendido, se lanzó sobre su catre al ver el aparato rebotar sobre la manta verde y caer en el suelo. El teléfono terminó bajo un armario. Tuvo que tirarse al suelo a rescatarlo, temiendo que la llamada finalizase antes de que pudiese hacerse con él. Cuando consiguió finalmente alcanzarlo, efectivamente, este dejó de sonar. Volvió a resoplar sin quitar ojo de la pantalla. Sí, era el teléfono de Poppy. Antes de pensarlo presionó el botón de re-llamada. No tuvo que esperar ni un tono cuando una voz masculina contestó.

—¡Digaaa!

Liam se quedó perplejo unos segundos. Si algo no había esperado era que después de pasar los últimos cinco días llamando a Poppy, cuando finalmente consiguiese contactar con ella, fuese un hombre el que le contestase al otro lado de la línea, pero... podría ser su padre.

—Perdone... Estoy intentando hablar con...

—Ya he visto que es usted bastante insistente. Acabo de contar diecisiete llamadas, joven. Espero que no tenga usted la intención de venderme algo. Los hombres de Dios también perdemos la paciencia... —lo interrumpió el hombre. Su voz era rasgada y cargada de impaciencia.

—¿Hombres de Dios? Señor, yo estoy intentando hablar con una chica... —intentó explicar Liam completamente alucinado.

—¿Pero qué cree usted que es esto, una línea de esas calientes? ¡Válgame Dios! ¡Y por el número de llamadas que ha hecho, está usted realmente desesperado, joven!

A Liam las palabras se le atragantaron en la boca. ¿Una línea caliente? Parecía un hombre mayor. A lo mejor era su abuelo.

—Señor, yo no estoy llamando a una línea... ¡ujum! Caliente.

—Eso ya lo sé, joven. ¡Me está llamando a mí! De manera demasiado insistente, todo hay que decirlo. Pero si está buscando una chica de esas, de moral dudosa, no será en mi iglesia el lugar en el que la encuentre.

—¿En su iglesia? ¿De moral dudosa? No entiendo nada...

Liam comenzó a rascarse la nuca. Aquella era la conversación más extraña que había tenido jamás.

—Joven... —resopló el hombre como si estuviese acabando con su paciencia— Está usted llamando al teléfono de la iglesia St. Patrick's. Soy el padre Michael.

En su mente Liam visualizó a la pequeña morena que lo había tenido cinco días llamando a distintas horas a aquel teléfono, riéndose y mofándose a su costa. En aquel momento besarla era lo último que le apetecía.

—Disculpeme padre Michael, no era mi intención molestarle. Me temo que he sido víctima del extraño humor de una señorita... En fin, de veras le pido disculpas. No volveré a llamarle.

—Eso espero, joven. ¡Y deje de llamar a esos sitios indecentes, mejor se busca a una buena chica con la que tener una relación de verdad! —farfulló el anciano antes de dar la llamada por finalizada.

Liam colgó alucinado.

—Poppy, Poppy, Poppy... Si crees que esto va a quedar así, aun no sabes con quien estás jugando —En los labios de Liam se dibujó una enigmática y peligrosa sonrisa.

No, Poppy no sabía hasta dónde era él capaz de llegar, pero muy pronto lo sabría.

Poppy llegó a su casa cansada y con un único pensamiento en mente, irse a la cama cuanto antes. Había estado trabajando todo el día. Lo único que ansiaba era refugiarse en su cuarto, ponerse algo de música y caer en los dulces brazos de Morfeo. Pero era viernes por la noche y de ninguna manera, su hermana o su cuñado, la dejarían escabullirse. Los viernes eran en su familia desde hacía muchísimos años el día destinado a la cena familiar. El resto de la semana o bien por los turnos de su cuñado en la base o por los de ellas en la cafetería, era difícil coincidir.

Entró en casa arrastrando los pies. Dejó el abrigo en el zaguán, el bolso bandolera colgado del perchero y el pañuelo sobre este.

—¡Hola a todos! —dijo a gritos desde la entrada— ¿Dónde estás enano? ¿Por qué no has salido a recibir a tu tía favorita? —Preguntó extrañada al ver que Junior no iba corriendo hasta la entrada para recibirla con un enorme abrazo, como cada día a su vuelta.

Tal vez se había escondido. No era la primera vez que el pequeño granuja de siete años lo hacía para después asustarla pillándola desprevenida. Con sigilo fue hasta la escalera y se agachó para pescar al pequeño terremoto, que esperaba estuviese escondido en el armario bajo la escalera. Abrió la puerta del armario con un movimiento rápido.

—¡Te pillé! —gritó esperando sorprenderlo. Pero la sorpresa se la llevó ella al no encontrarlo allí.

«¿Dónde demonios se habría metido ese granuja?», pensó. Desde que volvió a casa al finalizar sus estudios en la escuela de arte, hacía más de un año, ni un solo día el pequeño pillo había faltado a recibirla con entusiasmo. Hasta cuando estaba enfermo lo encontraba envuelto en su bata, sentado a los pies de la escalera, esperándola pacientemente. Empezó a sospechar que algo no iba bien. Entonces decidió dirigirse a la cocina que era la puerta más próxima a ella. Seguro que su hermana estaba terminando de preparar la cena.

Cuando entró allí efectivamente fue recibida por los deliciosos olores de la cena. Maggie era buena cocinera y como Todd, su marido, era un hombre de buen comer, se esmeraba en preparar cada día estupendos platos para él y el resto de la familia. Pero los viernes aún se esforzaba más. Solía dedicar la tarde a elaborar algún succulento asado que acompañaba de patatas, ensaladas, y por supuesto una estupenda tarta casera.

Allí estaba todo. La ensalada y la tarta sobre la barra de robusta madera que conservaban desde que ella era niña. Aunque Maggie insistía últimamente en que debían cambiarla. Ella se resistía a desprenderse de aquella antigua pieza llena de marcas y recuerdos; como los desayunos con su padre, las veces que lo había acompañado mientras él limpiaba allí mismo su arma, o cuando la enseñó a jugar a las cartas apostando con galletas.

No, definitivamente no iban a deshacerse de la encimera. Se agachó para mirar dentro del horno. Allí aguardaban el cordero y unas doradas patatas asadas con mantequilla que abrieron su apetito brutalmente. La que no estaba en la cocina era su hermana. Entonces decidió ir directamente al salón, seguramente la estaban esperando viendo la tele. Oyó voces al otro lado de la puerta mientras empujaba la madera y sonrió. Hasta que entró en el salón y se encontró allí, sentado entre su cuñado y su pequeño sobrino, a Liam, regalando sonrisas a diestro y siniestro como si estuviese pasando la mejor de las veladas. En su casa, en su sofá. Recibiendo las miradas de adoración de su sobrino, que le correspondían solo a ella.

Poppy contuvo el aire a punto de desmayarse.

Capítulo 7

—¡Ya está aquí mi cuñadita! —Todd fue el primero en dirigirse a ella— Te esperábamos impacientes, nos morimos por probar el asado de esta noche —dijo su cuñado levantándose de su sillón de cuero marrón. Se acercó a ella y la rodeó por los hombros con uno de sus enormes brazos.

Liam imitó su gesto y se puso en pie tras él, sin mermar un ápice su enorme sonrisa. Disfrutando ladinamente de su turbación.

—Ven, esta noche tenemos un invitado muy especial. Te lo presentaré, aunque tengo entendido que ya os habéis visto en la cafetería —Su cuñado la guio por el salón hasta dejarla frente a Liam. De repente se encontró entre aquellos dos gigantes, sin escapatoria posible. Y tragó saliva con dificultad.

Poppy miró a su hermana, un paso por detrás de Liam. Esta aunque mostraba la misma sonrisa encantada que su marido, estrujaba un trapo de la cocina entre sus manos con nerviosismo y le brindaba una mirada suplicante. Estaba claro que temía que montase una escena. Poppy tomó aire y apretó los labios evitando soltar uno de sus exabruptos.

—Sí, ya nos habíamos visto antes... —dijo mirando al “Sargento Sirope”. Si hubiese tenido a mano en ese momento una de sus fabulosas copas de batido helado le habría borrado la sonrisita tonta de la cara.

—Pero no hemos sido presentados formalmente, me temo —añadió Liam clavando su mirada verde en las pupilas centelleantes de la morena.

Esta vez Poppy tuvo que morderse el labio hasta enrojecérselo para no soltar allí mismo que habían tenido mucho más que una presentación formal.

—Pues eso hay que solucionarlo inmediatamente —comentó su cuñado empujándola ligeramente hacia el sargento.

Poppy se tensó como una cuerda. Adoraba a Todd que para ella era más un hermano mayor que el marido de su hermana. Y una de las cosas que más le gustaban de su cuñado era su prudencia a la hora de inmiscuirse en su vida, mucho más en la concerniente a los hombres. En eso no se parecía en nada a la entrometida de su hermana. Todd jamás había intentado emparejarla con uno de los muchos militares de la base. ¿Por qué tenía interés en aquella ocasión en presentarle precisamente a este?

—Poppy, este es Liam Wallas, mi nuevo sargento primero. Nos conocimos en la última misión a la que fui en Afganistán y me dejó impresionado. Además de ser el piloto de helicópteros con más pericia que he conocido jamás, es un excelente francotirador, y uno de los hombres con más valor de con cuantos he tenido el honor de servir —dijo su cuñado hinchando el pecho con orgullo.

—El honor es mío, mayor —fue la contestación de Liam con una leve inclinación de cabeza.

Poppy empezaba a aburrirse con tanto baño de elogios. Pero entonces le tocó a ella. Y Todd volvió a empujarla ligeramente para que se acercase a Liam. No pudo menos que torcer el gesto.

—Liam, esta es mi preciosa cuñada, Poppy. Es una artista maravillosa. Todos los cuadros de esta casa los ha hecho ella —añadió en la presentación, señalando las paredes del salón en las que habían varias de sus obras expuestas.

No quería que él las viese ni averiguase más cosas sobre ella.

—He tenido la oportunidad a mi llegada de admirarlos y son fantásticos. Señorita Bocoock, tiene usted mucho talento.

Poppy sintió que las mejillas comenzaban a arderle. ¿De veras creía que tenía talento? ¿Acaso debería importarle que así fuese? ¿Dónde había dejado a la rubia esa noche? ¿Y a qué venía tanto formalismo? ¿Se le había olvidado ya que había tenido la lengua dentro de su boca? Menudo papelón estaba haciendo delante de su cuñado.

El encuentro apataba a encerrona que tiraba de espaldas.

Todd le dio un golpecito en el hombro, apremiándola a devolver el comentario a su sargento.

—Gracias —dijo en tono seco—, si me disculpáis, voy a asearme para la cena —Se excusó sin más y salió de allí antes de perder los estribos.

Subía los escalones hacia su cuarto, de dos en dos, apretando los puños e intentando contener el corazón en el pecho. Tan absorta estaba en el batiburrillo de emociones que la azotaban que no se percató de que su hermana la seguía, completamente azorada, hasta que estuvo a punto de cerrarle la puerta del cuarto en las narices. Al descubrirla, no la dejó ni hablar.

—¿Qué demonios hace él aquí? —preguntó señalando hacia la puerta y se quitó las zapatillas que usaba para trabajar.

—Es cosa de Todd. Estoy tan sorprendida como tú. Me llamó esta tarde para decirme que había invitado a cenar a la nueva incorporación de su pelotón, su nueva mano derecha. La verdad, no imaginé que se trataría del mismo hombre que te tiene tan trastornada.

Poppy la fulminó con la mirada.

—¡No me tiene trastornada en absoluto! Es que es un... Estoy segura de que lo ha hecho a propósito para vengarse. No sé qué intenciones tiene pero no es trigo limpio.

—¿A vengarse de qué? Pensé que con el beso habíais solucionado ya el suceso del batido.

Poppy se sintió enrojecer hasta el cuero cabelludo. Sabía que el maldito “Sargento Sirope” había contado a su hermana lo del... “incidente”. No imaginaba con qué intención. Pero si estaba diciendo por ahí, a todo el mundo, que la había besado, le iba a arrancar la piel a tiras. Ella no era la comidilla de nadie, y menos de los zoquetes de la base. Un escalofrío le recorrió la espalda solo de pensarlo.

—No lo conoces... —dijo al tiempo que se sacaba el uniforme por la cabeza.

—¿Y tú sí? —preguntó su hermana cruzándose de brazos.

—Lo suficiente. No me hace falta saber más.

Tomó un vaquero ajustado y un sencillo suéter blanco de angora, que la hacía parecer un dulce pompón. Que fuese su favorito y el que pensaba que le favorecía más no tenía importancia ninguna.

—Ya lo has oído, Todd lo tiene en alta estima. Tienes que hacer un esfuerzo por comportarte esta noche.

—Eso me extraña aún más. Tu marido suele tener buen ojo con la gente. No entiendo cómo puede deshacerse en elogios con el “Sargento Sirope” —Se agachó y se puso sus botas favoritas.

—Imagino que él habrá llegado a conocerlo mucho mejor de lo que lo hayas podido hacer tú en un par de breves encuentros.

Poppy frunció el ceño mientras se presionaba las mejillas ligeramente para infundirse color. También tomó su brillo de labios y puso una capa ligera sobre los mismos. Se miró en el espejo y decidió rehacerse el recogido bastante deshecho ya a esas horas. Maggie observaba todo aquel ritual para arreglarse que sobrepasaba con creces lo que su hermana solía hacer para “asearse antes de la cena”, y se le escapó una sonrisa traviesa.

—Bueno, tú hazlo por Todd. Sabes lo mucho que te quiere y no merece que lo pongas en evidencia delante de su subordinado. No mermes su autoridad, Poppy. Compórtate. Pasaremos una agradable velada y pronto se marchará.

Poppy miró a su hermana a través del espejo y después su rostro arbolado. No le quedaba más remedio que hacerlo, pero si el “Sargento Sirope” tenía intenciones ocultas con aquella visita, iba a hacer que se arrepintiese de cada minuto de aquella cena.

Capítulo 8

Después de hora y media de cena Poppy tenía varias cosas claras; la primera, que el “Sargento Sirope” conseguía que perdiese el apetito. Algo inconcebible hasta el momento. Pues a pesar de lo que podía aparentar, disfrutaba del placer de la comida más que de ningún otro. Sin embargo, durante toda la cena, no pudo meterse en la boca más de un par de trozos de patata y otro par de cordero, bajo el intenso escrutinio de Liam, que cada dos por tres buscaba incluirla en la conversación y de paso la observaba con atención.

Pero tampoco ella se había quedado corta. El ochenta por ciento de la charla de la cena se había centrado en contar anécdotas del periodo que tanto su cuñado como el sargento habían compartido en Afganistán. Y mientras los hombres se enfrascaban en la conversación ella había podido observarlo a sus anchas.

Escucharlos también la llevó comprobar que no se había equivocado en nada. Liam era uno de esos militares, como su cuñado, o como lo había sido su propio padre. Uno de los que se alistaban llevados por el más exacerbado patriotismo. Amaban la acción y la adrenalina. Llevaban los colores de la bandera americana en la sangre y su prioridad ante todo era servir a su país.

Todd narró al menos cuatro ocasiones en las que el sargento había puesto su vida en riesgo para salvar la de alguno de sus compañeros. Por ello era apreciado, admirado y había sido galardonado con la medalla del servicio meritorio de defensa y doblemente condecorado con la medalla de bronce. Con tan solo veintiocho años tenía un gran futuro y a dentro del ejército. Y todo aquello también lo convertía en el último candidato en su lista de posibles relaciones.

Ella había sido testigo, primero con su madre, y después con su hermana, de lo que significaba enamorarse de hombres como aquellos. Hombres que podían desaparecer de un día para otro de tu vida. Que se perdían la mayor parte de los momentos importantes de su familia. Que dejaban atrás mujeres e hijos que sufrían día tras día por ellos, sin saber si los volverían a ver tras marchar por la puerta.

No, ella no se iba a convertir en la sufridora novia, mucho menos esposa, de uno de aquellos héroes. No iba a hacer pasar a sus hijos por la infancia que tuvieron su hermana y ella.

Inconscientemente frunció el ceño.

—¿Te estamos aburriendo, cuñadita? —le preguntó Todd al ver su gesto.

—En absoluto. Solo estaba pensando que se hace tarde. Voy a empezar a recoger y a sacar a Lollipop —dijo levantándose de la mesa.

—¿Lollipop? —preguntó Liam con curiosidad.

—Es su perro, su bebé más bien —contestó Todd por ella riendo, justo antes de tomar su último bocado de tarta de queso y arándanos.

—¡Los perros son infinitamente más fieles que las personas! —se defendió con vehemencia.

Maggie que temió que aquel fuese el comienzo de un conflicto, cuando la noche estaba yendo tan bien, se levantó de la mesa inmediatamente.

—No te preocupes, yo recogeré aquí —Comenzó a quitarle los platos de la manos—, tú puedes ir a sacar a Lollipop mientras, así no se te hará más tarde. No me gusta que andes sola por la calle a estas horas.

—Sí, es tarde y yo también debería irme. Estaré encantado de acompañarla en el paseo —se apresuró a ofrecerse Liam que no veía la hora de quedarse a solas con ella.

Poppy vio la enorme sonrisa complacida de su cuñado al escuchar el ofrecimiento de su sargento y apretó los labios al ver como su escapatoria de aquella velada, se convertía en la excusa perfecta para el “Sargento Sirope”, y conseguir quedarse a solas con ella.

—Voy a por Lollipop —dijo resoplando resignada.

Con gesto altivo salió del salón y fue a la entrada, se puso la chaqueta y el pañuelo anudándolo alrededor del cuello. Después se dirigió al patio trasero y saludó a su precioso Collie. Que en cuanto la vio aparecer se tiró a por ella haciéndola caer de espaldas sobre la grava del jardín. Inmediatamente rompió a reír jugando con él en el suelo.

—¿Necesitas ayuda?—Oyó que preguntaba Liam a su espalda. Se tensó inmediatamente.

—No es necesario —Fue su escueta respuesta. Ató la cadena de Lollipop en su correa y pasó por su lado, sin mirarlo, en dirección a la calle.

Poppy tuvo que esperar lo mientras él agradecía a su cuñado y su hermana la fantástica cena y velada. También tuvo unas palabras para Junior, que no le había quitado ojo en toda la noche, como si en lugar de aquel espécimen irritante de hombre, hubiese compartido mesa con el Capitán América. En cuanto lo vio salir definitivamente de su casa, ella comenzó a bajar la calle sin esperarlo.

Liam consiguió alcanzar a Poppy de dos zancadas. Ella lo miró de soslayo y resopló molesta mientras se frotaba las manos. Estaba muy graciosa empeñada en demostrarle lo poco que le apetecía su compañía. La temperatura había bajado bastante y sus mejillas y nariz enrojecida evidenciaban que se estaba helando. Tras diez minutos de estricto silencio, decidió que era el momento de caldear el ambiente.

—La cena ha sido estupenda, aunque tengo que decir que esperaba que fueses mejor conversadora.

Poppy se detuvo en seco para brindarle una mirada entornada.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué demonios hacías en mi casa? —le espetó furiosa.

—Pensé que era mi deber trasladarte personalmente el saludo del padre Michael, ya que fuiste tú la que nos puso en contacto.

A Liam no se le escapó el brillo malicioso que se paseó por los ojos de la morena.

—Me alegro de que hagas amistades entre los pilares de nuestra comunidad. Así te será más fácil adaptarte a Fort Rucker —Poppy comenzó a caminar de nuevo, evidentemente satisfecha.

—Un hombre interesante el padre Michael. Tengo que agradecerte haber disfrutado con él de una de las conversaciones más interesantes de mi vida.

—Sí, es un personaje. Hace años que debería haberse jubilado, pero es tan especial... que lo echaríamos de menos.

—Sin lugar a dudas, lo es. Pero la verdad yo esperaba hablar contigo. Después del beso pensé...

—“El incidente”. Fue un incidente aislado, que no se volverá a repetir —se apresuró ella a corregirlo. Y aceleró el paso para llegar al parque. Había un arenero preparado para perros, y siempre solían permanecer allí un rato.

Liam fue tras ella. Cuando Poppy soltó a Lollipop de la correa dejándolo en el arenero, posó las manos en sus hombros, desde atrás, con la intención de girarla y obligarla a enfrentarlo.

—¿Qué haces? ¡No me toques! —protestó sintiendo el calor de sus enormes manos a través de la ropa. Inmediatamente comenzó a respirar con dificultad. Maldijo al endemoniado “Sargento Sirope”, a su cálido tacto, y a su impresionante y magnética mirada verde.

—Estás helada. Toma mi cazadora —Liam con la intención de ponérsela comenzó a desprenderse de ella. Pero lo último que quería Poppy era perderse en el olor de la prenda, en el calor que le regalaba. Quería estar fría y alerta.

—¿Y ahora de qué vas? ¿Pretendes jugar conmigo a oficial y caballero? —preguntó con un resoplido y media sonrisa nerviosa.

—No estoy jugando, Poppy. Y no soy un caballero. Si lo fuera, seguramente no haría esto...

A Poppy no le dio tiempo a tomar aire antes de sentir como Liam rodeaba su rostro sin previo aviso y se apoderaba de su boca. Anhelante, deseosa de ser besada por aquellos labios carnosos y exigentes que inmediatamente comenzaron a reclamar toda su atención. Todos sus sentidos quedaron bloqueados. El parque, el frío, sus pensamientos, toda su lógica aplastante y los miles de obstáculos que había puesto entre los dos, desaparecieron en cuanto sintió la lengua del “Sargento Sirope” acariciar la suya en un baile endiabladamente sexy. Su sabor la embriagó y el corazón se le desbocó frenético en el pecho. Sin dejar de besarla, él la introdujo dentro de su cazadora y la abrazó con fuerza, pegándola a su cuerpo. El calor y el aroma excitante del cuerpo masculino la envolvieron haciendo que se marease y perdiese cualquier atisbo de voluntad frente a él. Dejó que un jadeo quedo escapase de sus labios y elevó las manos para acariciar su rostro. Exigiendo más de aquella lengua, más del juego

tortuoso de sus labios presionando los suyos palpitantes y henchidos. Las manos de Liam recorrieron su espalda en una caricia lenta y delirante que despertó cada una de sus terminaciones nerviosas. Sintió endurecer sus pezones mientras una corriente eléctrica la pegaba al suelo, y el calor más desconcertante y abrumador se anidaba en la parte baja de su vientre. Lo deseaba, lo deseaba tanto que estuvo a punto de gritarle que metiese aquellas enormes manos bajo su suéter para sentirlo recorrer su piel. Pero entonces Liam, resollando fuertemente, se apartó de sus labios.

Poppy lo miró desconcertada a escasos centímetros de sus labios heridos por su marcha. Él mantenía los ojos cerrados como si hiciese un esfuerzo férreo por controlarse. Era tan delirantemente guapo que dolía perderse en sus facciones masculinas y fascinantes. Y por fin él abrió los ojos clavando su mirada verde en la suya. Poppy pudo leer en ellos un anhelo que la dejó sin respiración.

—Necesito que me acompañes a un sitio —dijo Liam finalmente con voz ronca.

Capítulo 9

—No... no puedo —fue la contestación de Poppy tras un segundo en el que se preguntó qué estaba haciendo. No había nada que deseara más que ir con él a cualquier lugar apartado donde poder dar rienda suelta a todos los anhelos de su cuerpo. Pero no podía hacerlo. Si se dejaba llevar, nada podría separarla de él. Ya había podido comprobar lo que un par de sus besos hacían con ella. ¿Qué pasaría si se entregaba a él por completo?

—Mañana.

Poppy elevó una ceja interrogativa. ¿No quería llevarla a la cama en ese momento? Ella no podía pensar en otra cosa, ¿en qué pensaba él?

—Tengo que hacer algo mañana... que he estado posponiendo desde mi llegada aquí, y tú eres la única persona que quiero que esté conmigo en ese momento —le dijo Liam tomando de nuevo su rostro. Posó la frente contra la suya quedando a escasos centímetros de sus labios otra vez.

Poppy se mareó nuevamente, perdiendo el control. Cerró los ojos buscando algo de cordura en su mente.

—Por favor... —le rogó él.

—¿Qué pasa con la rubia? ¿No puede acompañarte ella? —preguntó Poppy intentando apartarse de él. Necesitaba levantar un muro entre los dos. Pero Liam la presionó con más fuerza, impidiéndoselo. No pensaba dejarla escapar. Esta vez no.

—Es mi prima. Y no la había visto jamás, hasta que quedamos en la cafetería. Te lo explicaré todo mañana si vienes conmigo...—hizo una pausa para tomar aire— Pero no tengo confianza con ella. Tampoco es algo para compartir con alguno de los chicos de la base. Pero sí quiero hacerlo contigo.

Lo miró confusa.

—¿Por qué yo? No me conoces...

—Poppy, tú me tocas el alma.

Aquella afirmación tan directa y abrumadora provocó que le faltase el aire.

—No sé lo que pasa cuando te tengo así, tan cerca que puedo beber de tu aliento, pero... es algo especial. Tú eres especial. Y siento que solo contigo puedo compartir esto.

Tomó la mano de Poppy y se la puso sobre el pecho, donde su corazón latió frenético bajo la pequeña mano de la chica que lo miraba sorprendida con aquellos enormes y centelleantes ojos castaños. Y rezó para que no pensase que estaba loco y aceptase su extraña propuesta.

«¿Por qué había aceptado aquel disparate de proposición?», se preguntó Poppy terminando de abrocharse la chaqueta de cuero rosa que se había puesto sobre un suéter gris. Su vaquero favorito y sus botas grises de media caña, completaron el conjunto. No tenía idea de dónde la quería llevar Liam y por eso había preferido vestirse cómoda. Aunque no evitó ponerse un poco de colorete, brillo en los labios y soltar su melena, habitualmente recogida en un moño informal. Tan solo cinco minutos más tarde salió a la puerta de su casa. Al hacerlo vio que había empezado a llover, pero le gustaba la lluvia, y resolvió salir sin paraguas. No había terminado de cerrar la puerta cuando vio llegar el Chevy Chevelle SS del '70, negro, que tenía Liam. Algo le decía que era un hombre puntual, y una vez más no se había equivocado.

Liam detuvo su coche frente a la puerta de Poppy y en cuanto sus ojos se posaron en ella volvió a sentirse perturbado. Se quedó sin palabras. Poppy estaba preciosa, con la melena suelta, como una brillante cascada oscura que le llegaba hasta la mitad de la espalda y enmarcaba su rostro de facciones pequeñas y deliciosas. Era tan bonita que no sabía si conseguiría siquiera articular palabra. Aquel era un día muy especial y ella había aceptado compartirlo con él. Allí estaba. No se había echado atrás y llenó los pulmones para soltar el aire después con alivio.

Antes de que Poppy llegase hasta el coche, bajó rápidamente reaccionando y lo rodeo para abrirle la puerta. Acompañó el gesto con una enorme sonrisa.

—Al final sí que vas a ser un caballero —le dijo ella devolviéndole la sonrisa al pasar por su lado.

—No se lo digas a nadie, podrías meterme en problemas —le susurró al oído sin mermar la sonrisa.

Al percibir el contacto de su aliento cálido acariciando su mejilla, Poppy sintió un escalofrío y una vez más se preguntó si no se habría vuelto completamente loca al aceptar ir con el hombre que más la había alterado en su vida, en todos los sentidos. Sin tener la más mínima idea de a dónde la quería llevar y comenzando aquel día, metiéndose en su coche. Compartiendo un espacio tan reducido, que al verlo rodear el Chevy y tomar asiento junto a ella, temió que el “Sargento Sirope” pudiese oír su frenético corazón retumbándole en el pecho.

—Gracias por venir —le dijo clavando su preciosa mirada verde en ella. Lo que hizo que obrase otro de sus milagros en Poppy, que no pudo pronunciar palabra y se limitó a asentir con un pequeño movimiento de cabeza. ¿Qué podía decirle, que no había pegado ojo en toda la noche? ¿Qué en su mente resonaban una y otra vez sus palabras? “Tú me tocas el alma”, le había dicho sin el menor atisbo de duda. Debería haber salido corriendo, no estar allí con él. Y no haber sido capaz de resistirse la tenía completamente turbada. Afortunadamente Liam arrancó el motor del coche y puso marcha a su destino desconocido.

Ni en un millón de años Poppy habría imaginado que él la llevaría al cementerio de la ciudad. Siempre le había gustado aquel sitio, le proporcionaba paz. Aun así el hecho de que la hubiese llevado hasta allí era de lo más inquietante. ¿No sería uno de esos tipos a los que les daba morbo la muerte, verdad? Su gesto atónito debió ser todo un poema, porque Liam no tardó ni un segundo en comenzar a hablar.

—Imagino que estarás alucinando —dijo entrando en el recinto.

—Un poquito, sí. No creía que fueses de esos...

La risa grave y sexy de Liam irrumpió en el vehículo, llenándolo todo.

—No soy de esos —Consiguió decir a pesar de las risas— ¿De veras crees que te habría traído hasta aquí para una cita... íntima?

—La verdad, “Sargento Sirope”, es que no tengo ni idea de lo que te va —dijo ella cruzándose de brazos y levantando la nariz, altiva.

—Me vas tú.

Poppy dio gracias de estar sentada al escuchar su declaración.

—Pero no te he traído aquí por eso. Vengo a conocer a alguien, y quería que estuvieses conmigo —la expresión de Liam había cambiado por completo. Estaba serio y se adivinaba cierta tensión en su mirada. Estaba nervioso. Debía ser algo importante. Ver a un hombre como él, tan grande y seguro de sí mismo, con la templanza de meterse en un área de conflicto en guerra, así de nervioso fue abrumador. Tuvo ganas de abrazarlo para decirle que todo iba a ir bien. Aun sin saber qué era lo que iban a hacer allí. Pero en lugar de eso posó su mano sobre la de él, en la palanca de cambios y dijo:

—Tranquilo, yo te cubro las espaldas.

Liam le regaló una de sus genuinas sonrisas, agradecido.

Circularon por el camino que bordeaba el cementerio hasta llegar a una zona tupida de árboles. Liam decidió aparcar bajo uno grande y frondoso que parecía abrazarlos con sus ramas grandes y espesas. Poppy conocía la zona, había ido por allí muchas veces. Y bajó del coche antes incluso de que Liam pudiese rodearlo para abrirle la puerta. Inhaló el aire limpio de la mañana, mezclado con los aromas de la espesa vegetación.

—Me gusta este sitio —confesó.

—¡Vaya! No sabía que eras de esas... —la pinchó Liam comenzando a andar entre los pasillos de tumbas.

—No seas gamberro, estamos en campo santo —Poppy le dio un pequeño golpe en el brazo, que para él fue como si una mariposa chocase contra un edificio. Sonrió de lado y siguió caminando en silencio.

Unos minutos más tarde Liam se percató de que ella no lo seguía y se giró extrañado. Dos filas más atrás, Poppy se había detenido delante de una tumba con lápida de mármol blanco. Su gesto era apacible pero serio. Había metido las manos en los bolsillos de su chaqueta y sus hombros caían ligeramente. Se acercó y se colocó tras ella en silencio.

“Coronel Charles Bocook, y su amantísima esposa Megan Bocook” y dos fechas de nacimiento y fallecimiento, leyó.

—Son mis padres —le aclaró ella.

—Lo siento. No sabía que te faltaban los dos —le dijo él sinceramente, que conocía muy bien el sentimiento cuando eso sucedía. Lo vivía día a día en carne propia y tuvo ganas de abrazarla. Aunque por lo poco que la conocía no creía que Poppy quisiese que lo hiciera en ese momento. La veía más como alguien que prefería soportar su dolor en privado. Solo posó una mano en su hombro y se mantuvo en silencio.

Poppy giró el rostro para ver la gran mano de Liam sobre su hombro y algo la llevó a hablar.

Otro milagro.

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años, de cáncer de mama. Fue muy duro para mí. Maggie tenía dieciocho y si no hubiese sido por ella... Se le hizo un nudo en la garganta y la voz se le quebró ligeramente.

Liam la vio temblar momentáneamente. Él no había visto apagarse la vida de su madre poco a poco. En ocasiones se torturaba pensando en el poco tiempo que había pasado con ella. Lo mucho que le había quedado por decirle. Pero viendo el rostro desencajado de Poppy, se daba cuenta de lo mucho que habría sufrido de haber estado sus circunstancias.

—¿Y tu padre? ¿Fue un apoyo para ti?

—Mi padre era coronel del ejército. Aquí en Fort Rucker. Él... Yo lo adoraba. Cada minuto de los que pude disfrutar de él, de niña, fue un tesoro para mí. Pero lamentablemente no fueron muchos. Él estaba dedicado en cuerpo y alma al ejército. Mi madre conocía bien al hombre del que se había enamorado y le ocultó su enfermedad. Maggie y yo la vivimos solas. Volvió cuando a mi madre apenas le quedaban unas semanas de vida. Nunca llegó a superarlo. Murió como vivió, de servicio, cinco años después.

—Lo... lo siento mucho, Poppy. De veras, no tenía ni idea. Si lo hubiese sabido no te habría traído hasta aquí —le dijo Liam arrepintiéndose de haberlo hecho, y provocado que ella rememorase aquellos dolorosos momentos.

Poppy se pasó una mano por la mejilla, borrando una lágrima furtiva.

—No importa. Así es la vida —se volvió con una triste sonrisa.

—No de veras que lo siento. Ha sido una idea estúpida. Vámonos —la tomó de la mano y tiró de ella ligeramente con la intención de salir de allí. Pero Poppy se plantó en el sitio.

—No vamos a irnos. Me has traído aquí por algo, y quiero saber por qué. Dijiste que era importante para ti, y te he dicho que te cubría. ¿No me crees capaz? —le preguntó muy seria.

—No es eso...

—Yo creo que sí. La pequeña Poppy se ha emocionado y ahora me ves frágil. Soy una mujer fuerte. Hemos venido por ti.

—Sé que eres una mujer fuerte —le dijo Liam y le acarició ligeramente la mejilla recorriendo su rostro embelesado—. Solo siento...

—No lo sientas. No fue culpa tuya. Todos vivimos con dolor, solo nos diferenciamos en la forma de afrontarlo —replicó enlazando su mirada castaña y serena con la suya.

Liam admiró a aquella pequeña mujer que tanto lo sorprendía a cada momento y asintió con la cabeza. Comenzaron de nuevo a andar entre los pasillos de tumbas, en silencio.

Capítulo 10

Liam estuvo caminando un par de pasos por delante de ella durante diez minutos, hasta que finalmente se detuvo frente a una tumba con lápida de gránito gris en la que lucían unas bonitas calas blancas, al parecer muy recientes. Poppy llegó hasta él y se colocó a su lado para leer el grabado de la lápida. Teniente coronel Nolan Wile. Nacido el 23 de septiembre de 1952. Fallecido el 6 de noviembre del 2010. Poppy miró a Liam y lo vio contener el aire. Su rostro mostraba una mezcla de emociones difícil de describir con otra palabra que no fuera, tormento.

—¿Quién es? —preguntó en tono bajo.

—Es... mi padre —la voz de Liam sonó contenida, quebrada.

—¿Tú padre? ¿Naciste aquí? —Preguntó sorprendida.

Liam se agachó frente a la tumba y acarició una de las calas que reposaba en un jarrón de cerámica blanca.

—No, nací en Montana. No llegué nunca a conocerlo. Mi madre me hizo creer siempre que estaba muerto. Mi padre fue para mí, durante toda mi vida, una vieja foto de un tipo y un nombre en mi partida de nacimiento. Nada de lo que ella me dijo respecto a él fue verdad. Siempre estuvimos solos, siempre creí que no había nadie más.

Liam se detuvo para tomar aire y ella lo dejó reponerse en silencio.

—Hace un año mi madre murió de un infarto. Tenía problemas de corazón. Ya había tenido varios, pero el último... fue fulminante.

—Lo siento mucho —Poppy posó una mano sobre su hombro intentado reconfortarlo, como había hecho él minutos antes con ella.

—No pasa nada. No se cuidaba demasiado. Imagino que era algo que simplemente tenía que pasar...

—¿Y cómo descubriste quién era tu padre? —Se atrevió a preguntar.

Liam se levantó y sin desviar la mirada de la lápida siguió hablando.

—Cuando mi madre murió dejó gran cantidad de documentación y papeles. Pensé en guardo todo en un almacén, sin revisarlo. No me sentía con fuerzas para remover entre sus cosas. Llevando una de esas cajas hasta el coche, esta se desfondó, esparciendo todo su contenido en la acera, frente a mi casa. Imagina mi sorpresa al encontrar entre los papeles que recogía, fotos de mi madre con otro hombre que no era el que ella había dicho que era mi padre. Mi madre estaba embarazada en esas fotos. Él le acariciaba la tripa y la besaba amorosamente. También encontré un par de cartas...

De repente Liam quedó en silencio.

—Si no quieres, no tienes por qué contármelo.

—Estoy bien —dijo tragándose la congoja— Una de las cartas era para mi padre. No llegó a mandársela ni a explicarle los motivos por los que lo abandonaba. Así que mi padre nos perdió a ambos sin una explicación.

Otro silencio.

—La otra carta era para mí. En ella mi madre me pedía perdón por haberme mentido durante toda mi vida, y me revelaba finalmente la identidad de mi verdadero padre. Me dijo que su intención había sido la de llevarse el secreto a la tumba, pero cada vez me veía más reflejado en el hombre del que ella se enamoró. Incluso me había alistado en el ejército y convertido en piloto de helicópteros como él. No soportaba verme seguir sus pasos y decidí escribirle la carta. Pero tampoco a mí me la dio. Guardó ambas en aquella caja hasta que fue demasiado tarde. Cuando tanto él como ella habían desaparecido. No pude conocerlo, y ahora no sé si llegué a conocerla a ella tampoco. Me pregunto una y otra vez cómo fue capaz de dejar que creciese sin él. De ocultarme una cosa así...

Poppy tomó su mano, llevada por un impulso. Enlazó los dedos con los de él. Se acercó hasta colocarse frente a Liam y elevó la otra mano para acariciar su mejilla con ternura. Liam se inclinó y Poppy depositó un beso lento, intenso, y dulce sobre sus labios carnosos. Solo quiso que él la sintiese. Que supiese que estaba allí con él. Liam la abrazó como el naufrago a una tabla en mitad del océano. Bebió de su aliento y la necesidad de aquel cuerpo femenino borró el dolor que atenazaba su corazón.

De repente sintieron como sus rostros pegados, envueltos en aquel beso íntimo y delicioso, consolador y cálido, se empapaban por la lluvia. La ligera llovizna de aquella mañana se convirtió en un segundo en una lluvia intensa que aunque los sorprendió, no consiguió atemperar la necesidad que los consumía a ambos. Liam se separó de ella sin soltarla de la mano. Tocó la superficie de la lápida unos segundos cerrando los ojos, tras los que volvió a levantarse y tirando de Poppy corrieron hasta el coche.

En el interior del Chevy, tanto Liam como ella se miraron sin resuello. La intensidad de sus miradas era fuego puro. Habían compartido su dolor y abierto sus almas. Se sentían tan íntimamente unidos que lo único que podían leer el uno en los ojos del otro era anhelo. Resoplando enérgicamente, Liam fue el primero en apartar la mirada. Arrancó el motor y comenzó a conducir saliendo del cementerio. Los dos se mantenían en silencio más lo único en lo que podían pensar era el uno en el otro. Tan conscientes de su proximidad que se hacía doloroso no dejarse llevar por la piel. No se habían alejado ni un kilómetro cuando Poppy rompió el silencio abruptamente.

—¡Para el coche! —le ordenó.

Liam la miró confuso. Estaban en una carretera secundaria. No había nada allí más que campo y árboles.

—¡Páralo ya! —su tono estaba impregnado de tanta urgencia que salió de la carretera inmediatamente, obedeciendo.

—¿Qué pasa! ¿Por qué...?

No pudo terminar la frase. Poppy saltó de su asiento y se colocó sobre él a horcajadas. Su mirada centelleante lo traspasó como un rayo. Le sonrió de una forma que él no había visto jamás. Dulce y picara en partes iguales, y comenzó a recorrer su pecho con sus pequeñas manos, sobre la camiseta empapada. Contuvo el aliento y sintió crecer su erección brutalmente prisionera en el pantalón. El corazón comenzó a tronarle en el pecho y su respiración se aceleró como si estuviese a punto de caer a un precipicio. Levantó las manos para apartar los mechones mojados del cabello de Poppy que se pegaban a su rostro. Y ya no lo resistió más. Necesitaba sentirla, perderse en su piel, perderse en su sabor, recorrer su cuerpo memorizándolo en las yemas de sus dedos.

Se apoderó de su boca con ansia, con hambre, con desesperación. Invasión contra su lengua, la presionó contra él sujetándola del cabello y la oyó gemir frente a sus labios mientras sus pequeñas manos comenzaban a quitarle la ropa con premura. Apartó un segundo las manos de su rostro y se sacó la cazadora y la camiseta por la cabeza, mientras ella hacía lo mismo con su ropa. Sus miradas se encontraron de nuevo, jadeantes, extasiadas en recorrerse. Liam intentó tragar una saliva inexistente al ver rebosar sus pechos llenos y deliciosamente perfectos sobre la fina tela del encaje de su sujetador rosa pálido. Contrastaba con la piel morena y excitante que lo estaba volviendo loco. La respiración de Poppy, tan afectada como la suya hacía que estos bailasen frente a su rostro.

—¿Te las sirvo en una blondita de papel? —le preguntó ella enarcando una ceja, taimada. No lo podía soportar más. Quería que la tocara ya. Quería que recorriera cada recóndito rincón de su cuerpo con sus manos grandes, cálidas, y ligeramente ásperas.

—No, gracias. Ya me sirvo yo —contestó con voz ronca.

Llevó las manos hasta sus pechos y deslizó el ligero encaje hacia abajo, liberando los perfectos globos, erguidos y orgullosos. Los rodeó con sus manos y presionó ligeramente mientras acariciaba los discos dorados, erectos, desafiantes, con sus pulgares. Poppy gimió y estiró el cuello hacia atrás entregándose a él. La abrazó con fuerza y hundió el rostro entre sus pechos, aspirando el delicioso aroma de su piel. La recorrió con sus labios hasta apoderarse de uno de aquellos discos tentadores, introduciéndolo en su boca lo succionó con codicia. Saboreándolo, lo recorrió con su lengua, jugando con su punta erecta mientras Poppy completamente enardecida se frotaba contra su poderosa erección dolorosamente contenida en su pantalón. Sin dejar de lamer sus pechos bajó las manos hasta el pantalón vaquero de Poppy y abrió los botones que lo cerraban de un solo tirón. Quería sentir su creciente humedad. Introducir los dedos y recorrer los íntimos pliegues de su piel, arrancándole los jadeos más excitantes y entregados que hubiese escuchado jamás. Introdujo sus dedos, largos y fuertes presionando contra su sexo y la oyó contener el aliento. El rostro de Poppy arbolado, fuera de control, lo dejó extasiado. Era tan bella, tan salvaje. Energía pura y devastadora. Y mientras acariciaba con los dedos húmedos la

protuberancia del sexo femenino, frotándolo y presionándolo, sin darle tiempo a reponerse de las crecientes olas de placer devastador que recorrían el pequeño cuerpo de la chica, sobre él, la vio contraer el gesto mientras un gemido ronco y delicioso salía de su garganta. Poppy convulsionó y se dejó llevar por el intenso orgasmo que la sacudió.

Cayó derrotada sobre su fuerte pecho ocultando el rostro en el cuello de Liam. Respirando profusamente. Cuando él deslizó los dedos por su espalda un escalofrío la recorrió. Hasta que las manos de Liam llegaron hasta el final de la misma. Las introdujo en el pantalón y se apoderaron de su trasero, apretándola contra su erección. Haciéndole notar que aquello no había terminado, ni muchísimo menos para él. Le bajó los pantalones y braguitas y ella terminó de sacárselos por las piernas mientras él hacía descender los suyos hasta las rodillas liberando así su poderosa erección. Contuvo el aliento al sentir como ella la acariciaba inmediatamente con sus manos.

—¡Joder, princesa! ¡No hagas eso! —gimió ronco dejándose caer hacia atrás en el asiento con una sacudida de placer que lo dejó sin resuello.

Las manos hábiles de Poppy recorrieron su miembro en toda su extensión, deleitándose en la suavidad de su glande, en la humedad que goteaba del mismo. Con movimientos ascendentes y descendentes lo torturó complacida, viendo como con cada movimiento él se convulsionaba entregado a sus caricias, hasta que la vio descender hasta dejar el rostro a pocos centímetros de su miembro. Sintió los deliciosos labios de Poppy sobre su glande henchido y se incorporó como un resorte.

Sorprendida Poppy vio como Liam volvía a hacerse con el mando. La rodeo por la cintura con un brazo y sin darle tiempo a adivinar su siguiente paso, la giró colocándola en el asiento, en su lugar. En una décima de segundo él estaba entre sus piernas. Cubriéndola por completo. Sacó un preservativo de la guantera y la besó mientras se lo enfundaba rápidamente. Se detuvo entonces y se perdió en la mirada de la mujer que le había hecho perder la razón. Ella se mordió el labio, excitada, y rodeó sus caderas con sus preciosas piernas, y el cuello con sus brazos, dejándole claro que aquello era lo que más deseaba en el mundo, que estuviese dentro de ella.

—Penétrame, Liam —le pidió en un jadeo y él obedeció encantado de complacerla. La poseyó de una sola y brutal embestida.

Poppy lo recibió abrazándolo con su sexo húmedo, estrecho y caliente hasta pensar que se fundiría con ella y gruño de placer sobre sus labios. Estar dentro de ella era lo más abrumador y excitante que había sentido jamás. Y quería más, infinitamente más. Comenzó a moverse dentro de ella, primero lento y acompasado, sintiendo cada centímetro de su interior, invadiéndola por completo. Y fue subiendo la intensidad de la penetración. Las respiraciones jadeantes de ambos se mezclaron acompasadas, enardecidas, descontroladas.

Poppy clavó los dedos en los fuertes hombros de Liam cuando sintió que una nueva oleada de devastador placer iba a devorarla por completo. Temió desmayar ante su intensidad. Jamás se había sentido así antes. Jamás había querido entregarse a alguien con aquella necesidad. Solo quería estar fundida con él. Ser suya en cuerpo y alma. Y con ese pensamiento se dejó llevar nuevamente. Comenzó a convulsionarse de placer un segundo antes que Liam que con un gruñido se derramó en su interior por completo. Sintiendo que había entregado a aquella mujer mucho más que su placer en ese momento. Pues había descubierto en aquel cuerpo perfecto y delirante, el lugar en el que quería permanecer para el resto de su vida.

Capítulo 11

Largos minutos más tarde, Poppy descansaba sobre el pecho de Liam que la mantenía abrazada rodeándola posesivamente, temía que ella se arrepintiese y se le fuese a escapar de entre los brazos.

Como si leyese sus pensamientos Poppy se incorporó apoyando una de las palmas en su pecho desnudo.

—No se ve nada. Hemos dejado el coche completamente empañado —dijo en un tono neutro que Liam quiso entender como el reflejo de su propio agotamiento. La vio limpiar una pequeña porción del cristal para ver el exterior.

—Creo que podemos hacerlo aún mejor —Le contestó él con una de sus inmensas y granujas sonrisas. Le apartó el cabello para ver mejor su expresión.

Poppy sintió la caricia de las yemas de sus dedos sobre la mejilla y cada terminación nerviosa de su cuerpo despertó para él. Pidiéndole a gritos que volviese entre sus brazos. Sonrió, pero bajó el rostro hasta ocultar la sonrisa contra su hombro, en un gesto que a él le pareció delicioso. Liam se incorporó inmediatamente rodeándole la cara con las manos, obligándola a mirarlo. Volvió a beber de su boca hasta dejarla sin aliento.

—Eres preciosa —le dijo frente a los labios, sin soltar su rostro—. Desde que te vi por primera vez, me tienes hechizado.

Poppy sintió erizar su piel y contuvo el aliento. A ella le había pasado lo mismo con él. Desde que sus miradas se cruzaron y se perdió en la inmensidad verde de aquellos ojos granujas. Pero no podía decirselo. No podía declararse, ni tatuar su nombre en su corazón. Algo se le encogió dentro dolorosamente. De repente le costaba respirar.

—Tienes frío. Se te ha erizado la piel —la abrazó para darle calor.

—Sí un poco. Será mejor que me vista —dijo ella apartándose. Cogió su suéter y comenzó a metérselo por la cabeza.

Lo último que quería Liam era dejar de ver su maravillosa piel desnuda. Pero ella estaba decidida a hacerlo, y tuvo que ceder, no sin antes preocuparse por la repentina distancia que notaba en ella.

—¿En qué piensas? —Indagó.

—En que acabo de... —no sabía cómo llamarlo. ¿Qué habían hecho? ¿Tener sexo? ¿Habían hecho el amor? ¿Un revolcón en un coche?— Bueno, que estoy aquí, con el “Sargento Sirope”.

Terminó de subirse los pantalones y se encogió de hombros en un gesto indescifrable.

—Y yo estoy aquí con la “Princesa Inalcanzable” —apuntó él poniéndose la camiseta. Después se subió los pantalones.

—Según parece no soy tan inalcanzable, después de todo. No levanté barreras suficientemente altas para ti —dijo evitando mirarlo.

Liam la tomó por la barbilla y la obligó a hacerlo.

—Soy un gran escalador —le susurró.

—¿Cómo no? —preguntó ella con media sonrisa.

—No tienes que levantarlas, Poppy. No pienso hacerte daño.

Ella tragó saliva. Le habría encantado creerle, pero sabía que no era verdad. Liam era quien era, y lo que era. No podía evitarlo. Llevaba toda la vida huyendo de la única vida que podía ofrecerle él. El dolor en su interior se intensificó. Como punzadas que salían desde su corazón hasta las yemas de sus dedos. Tan intenso que temió romper a llorar. Se tragó la congoja como si de un nudo de espinas se tratase y forzó una sonrisa.

—Cuéntame lo de tu prima —cambió de tema.

Liam sonrió.

—Solo si confiesas que te pusiste un poquito celosa cuando me viste con ella.

—¿Estás alucinando, “Sargento Sirope”? —protestó cruzándose de brazos.

Liam la tomó de su asiento, donde se había sentado ella al vestirse. Y con una facilidad pasmosa, como si se tratase de una muñeca de trapo, la elevó y la sentó sobre su regazo, nuevamente.

—Lo de “Sargento Sirope” tiene su gracia, pero prefiero cuando me llamas por mi nombre, con voz ronca, como hace unos minutos... —le dijo al oído y le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja. No sabía lo que le pasaba con aquella mujer, pero necesitaba estar todo el tiempo tocándola, besándola, sintiendo su piel.

Otro estremecimiento la recorrió mareándola.

—Emm... Solo me sentí un poco irritada. Me habías besado pocos días antes y de repente estabas con otra... —dijo ella volviendo al tema de su prima.

—Y a eso, princesa, se le llama estar celosa.

—Eres irritante.

—Y tú te pones muy graciosa cuando te irritas.

Poppy resopló ofuscada.

—Está bien, está bien... Hablemos de mi prima —cedió viendo que ella tenía toda la intención de empezar una pelea entre los dos. Y no lo iba a consentir. Fue su momento de respalar y apoyó la espalda en el respaldo del asiento— Cuando descubrí quién era mi padre, hice mis averiguaciones. Entonces supe que había muerto y también que tenía una gran familia aquí, en Fort Rucker. Mi padre tenía cuatro hermanos. Él era el de en medio. La chica con la que me viste es Amy, una de mis primas. La primera de la familia a la que localicé. Nos conocimos el día que fui con ella a la cafetería. Insistió en que tenía que conocer al resto de la familia.

—¡Eso es fabuloso! No lo has perdido todo... —exclamó contenta por él.

—Supongo que sí. Pero para mí es un poco... chocante. He pasado de estar completamente solo, a tener una numerosa familia compuesta por tíos, primos, sobrinos... Todos ansiosos por conocerme —dijo frotándose la nuca.

—Imagino que debes sentirte un poco descolocado, pero terminará siendo algo muy positivo para ti. Estoy segura.

Apoyó una mano sobre la de Liam y él aprovechó para entrelazar los dedos con los suyos, y acariciar con su pulgar el interior de la muñeca de Poppy, como hizo justo antes de su primer beso.

—¿Qué significa? —Preguntó acariciando el contorno de la pequeña mariposa tatuada allí.

Poppy soltó lentamente el aire de los pulmones.

—Mi padre me llamaba mariposa. Su pequeña mariposa —Una sonrisa involuntaria y nostálgica se dibujó en sus labios al recordarlo.

Yo siempre andaba correteando de un lado a otro. No paraba ni dos segundos en un sitio, salvo cuando dibujaba o me perdía en mis pinceles y pinturas. Me encantaban los colores y terminaba siempre con la ropa, las manos, las mejillas, llenas de motas de pintura de todos los colores. Entonces iba corriendo hasta él y le enseñaba orgullosa mi obra. Él me abrazaba y me llamaba su pequeña mariposa.

—Seguro que lo tenías extasiado —dijo Liam admirándola.

—No lo suficiente. Nunca pasaba mucho tiempo en casa.

Poppy sintió como su corazón volvía a encogerse y quiso huir de esa sensación abrumadora. Tenía los sentimientos tan a flor de piel que temía romper a llorar en cualquier momento.

Liam la observó empequeñecerse como si volviese a ser la niña que adoraba a su padre y esperaba que regresase a casa pronto. Sabía que las vidas de las familias de los militares no eran sencillas y ella lo había pasado muy mal. Casi podía sentir su dolor a través de la suave piel de su mano. De sus dedos íntimamente unidos.

—¿Y qué hace una artista como tú en el “Hecho con amor”?

Poppy sonrió.

—Es mi casa. Mi madre abrió la cafetería cuando Maggie tenía dos años. Allí crecimos entre sus batidos, tartas y postres caseros. Cuando mi madre murió Maggie se hizo cargo del negocio familiar y de mi cuidado. Cada día cuando salía de la escuela, corría hasta allí, merendaba y hacía los deberes en una de sus mesas. Toda mi vida puede recrearse con diapositivas, en ese local. Cada vez que entro en la cocina, huelo a mi madre; a sus masas, a sus cremas, sus preparados en el horno. Todo cuanto hacía estaba hecho con amor. Es el legado que nos dejó.

—Pero tú quieres más. Se ve en tu obra.

—Apenas has visto un par de cuadros míos —dijo riendo—. No puedes haber percibido nada en ellos.

—No es cierto. Antes de que llegases el otro día para la cena, tu hermana me enseñó la casa...

Poppy se puso blanca.

—Incluido el desván —dijo él lentamente.

—¿Mi estudio?

El corazón de Poppy dejó de latir.

—Eres apasionada. Y tienes talento, mucho talento. Podrías estar exponiendo en galerías y haciéndote famosa. Y por cierto... me encantó mi retrato. No sabía que te había causado tanta impresión desde el primer momento.

—Solo te pinté porque tienes unas facciones... armónicas... Nada más.

—Claro, claro —contestó Liam, y obviando por completo su gesto contrariado, volvió a besarla con ansia, dejándola nuevamente sin respiración.

—¿Entonces por qué sigues en la cafetería? —le preguntó mientras ella intentaba recobrar el sentido. Era injusto que Liam mostrase tanto control— ¿Es por Maggie? —continuó.

—¡No! Bueno... al principio sí. Ella se casó con Todd, pero él pasaba mucho tiempo fuera. En distintas misiones en Afganistán. No quería dejarla sola. Tenía algunas propuestas interesantes, pero preferí quedarme con ella. Al menos hasta que las cosas fueran distintas. Hasta que Todd estuviese más tiempo en casa. No he renunciado a mis sueños. Tengo mis planes. Y ese era otro de los motivos por lo que aquello no podía ser. «¿Qué hacía allí con él?», se preguntó, desbordada.

—Eso es fantástico. ¿Y qué planes son esos?

El sonido del teléfono de Poppy impidió que ella pudiese contestarle.

Liam la vio tomar el aparato del bolsillo de su cazadora de cuero y contestar la llamada extrañada, al ver que se trataba de su hermana. Poppy estuvo hablando durante un par de minutos con tono tenso y asustado.

—¿Por qué no me has avisado antes? ¡Habría ido contigo!... Está bien, tranquila. Enseguida estoy allí —dijo justo antes de cortar.

—¿Va todo bien?

—No. Junior se ha caído y se ha roto un brazo. Lo han llevado al hospital— dijo bajando de su regazo y colocándose en su asiento.

En su rostro tenso de podía leer la preocupación y Liam recolocó su asiento y arrancó el motor rápidamente.

—¿Puedes dejarme en casa? Cogeré mi coche allí.

—Puedo llevarte al hospital —se ofreció Liam sin dudar.

—No, por favor. Prefiero ir sola. Tienen que operarlo. Yo... Quiero estar con Maggie en este momento —contestó ella abrochándose el cinturón.

Liam la miró de soslayo mientras se dirigía a su casa con premura. Estaba tensa, agitada, agobiada. Y se preocupó por ella. Minutos más tarde detenía el coche frente a la entrada de su casa.

Inmediatamente Poppy salió del coche.

—¡Estás muy alterada! ¡No creo que sea conveniente que conduzcas! —le dijo desde el interior.

Poppy se giró y le contestó en un gesto indescifrable.

—Se cuidarme sola, sargento. No necesito que ningún héroe me rescate.

Tras aquella afirmación la vio correr al interior de la casa y desaparecer de su vista.

Capítulo 12

Cinco días. Cinco largos días con sus eternas noches, llevaba Liam sin poder hablar con Poppy. No sabía nada de ella. Tan solo había conseguido averiguar por el mayor Miller que Junior estaba bien. Había sido intervenido aquella tarde en el hospital y le habían puesto una escayola que ya tenía toda pintada. Llena de superhéroes, dibujados por su tía.

Aquella había sido toda la información que había conseguido sobre Poppy. Porque desde luego le parecía de lo más inadecuado preguntarle a su superior por ella. Pero la desesperación ya lo estaba llevando a extremos en los que se lo había planteado seriamente en un par de ocasiones.

No podía dejar que las cosas quedasen así entre los dos. La entendía. Después de conocer la historia de su familia. La relación que había tenido con su padre. Lo que había sufrido de niña con su ausencia, entendía perfectamente esa forma de reaccionar, alejándose de los hombres de la base. Tenía miedo. Él lo último que quería era hacerle daño, pero no podía estar sin ella. La tenía metida dentro; en la cabeza, el corazón, en el aire que respiraba. Tenía el sabor de sus besos metido en las venas. No podía renunciar a ella. Nunca una mujer lo había noqueado así. Y poseerla había sido la sensación más intensa y devastadora que había sentido jamás. Ella era todo lo que él quería.

No iba a renunciar a Poppy, y se lo tenía que hacer entender.

Apoyó la frente en su helicóptero y resopló pasándose las manos por el pelo, pensando qué debía hacer a continuación.

—¡Sargento! —Lo llamó Morris entrando en la nave.

—¿Qué ocurre, soldado? —preguntó él sin levantar la vista.

—Venía a repasar con usted el procedimiento para las maniobras nocturnas de mañana. ¿Le viene bien que lo hagamos ahora?

—... Claro. Es tan mal momento como cualquier otro.

El tono pétreo de su voz, advirtió al cabo que su sargento no estaba de muy buen humor. Y evitó hacer alguna de sus “gracias” habituales. Pero tras dos horas revisando todos los detalles de las maniobras del día siguiente, y ser consciente cada minuto de que él era el único que realmente estaba allí, su bocaza pudo más que su prudencia y se aventuró a preguntar.

—¿Está así por Poppy? Perdón... Por la señorita Bocook —rectificó ante el levantamiento de ceja de su sargento.

—¿Por qué, sabes algo de ella? ¿Sigues viendo a su amiga Nora?

Liam se incorporó inmediatamente y su intensa mirada instó a su cabo a contestar.

—¡Oh, sí! No hay nada más efectivo que consolar a una chica tras la decepción en la caseta de los besos robados —exclamó el soldado con su habitual tono jovial.

Liam lo miró con el ceño fruncido y Morris cambió su gesto socarrón inmediatamente. Tomando nota mental de mandar callar al payaso que llevaba dentro.

—¿Sabes algo de ella entonces?

—¿De Poppy? Perdón, de...

—¡Déjelo ya, Morris! Sí, de Poppy. ¿Te ha dicho Nora algo sobre ella?

—Pues... La verdad es que sí comentó algo ayer, de pasada. Tampoco estaba yo muy centrado en la charla en ese momento. Ya me entiende...—dijo de nuevo con aquella sonrisa sobrada.

—Caaabooo

—Tranquilo, sargento, continuó. Me dijo que hoy no podía quedar porque quería pasar la tarde con Poppy, con la señorita Bocook...

Liam puso los ojos en blanco.

—...para desearte suerte. Creo que mañana tiene una importante entrevista de trabajo. Si consigue el empleo se marchará en un par de semanas.

—¿Marcharse? ¿Dónde?

—No lo sé, sargento. Ya le digo que no estaba yo por la labor de escuchar en ese momento...

Liam volvió a pasarse la mano por el pelo con desesperación. Ella no podía marcharse. El aire comenzó a faltarle en los pulmones. Tenía que hacer algo, y a.

Maggie vio entrar a Liam en la cafetería y en seguida tuvo claro que no era un batido lo que había ido a buscar a su local.

—No está aquí, Liam —le dijo en cuanto llegó al mostrador recorriendo el local con mirada angustiada. Su gesto desesperado la conmovió. Aquel hombre estaba colado por su hermana.

—¿Y en casa? Tengo que hablar con ella. Es urgente.

—No sé cuándo aparecerá. Estaba preparando cosas. Iba a pasar la tarde con Nora.

La mirada frustrada de Liam era un poema.

—¿Por qué no la llamas?

—Lo he hecho. Pero no me coge el teléfono. ¡Es tan desesperadamente cabezota...!

—¡No me digas! Te advertí que no sabías dónde te estabas metiendo, “Sargento Sirope”.

Liam mostró una pequeña sonrisa.

—¿Tú también, Maggie?

—Quería ver esa demoleadora sonrisa tuya.

Liam se pasó la mano por la nuca.

—Sargento Wallas, si le sirve de algo, le diré que jamás he visto a mi hermana así. Aunque no lo quiera reconocer, está colada por ti.

El enternecedor brillo que apareció en la preciosa mirada verde del sargento fue todo lo que Maggie necesitó, para saber que ese hombre sería capaz de hacer cualquier cosa por Poppy.

—¿Quieres que le diga algo, Liam?

Él apoyó ambas manos en el mostrador bajando la cabeza. Segundos después levantó el rostro y sacó del bolsillo interior de su cazadora un sobre amarillento. Se quedó mirándolo con intensidad, en silencio, y después se lo ofreció muy serio.

—¿Se lo podrías dar por mí?

Maggie tomó el sobre lentamente. Liam no despegaba la mirada de él. Como si contuviese algo realmente importante. Como si su vida dependiese de lo que había en él.

—Claro, no dudes que se lo daré esta misma noche.

Liam asintió agradecido. La miró a los ojos y después de nuevo al sobre y salió de allí en silencio.

Capítulo 13

Poppy esperaba sentada que la llamasen para entrar en la entrevista. Le habían ofrecido varios trabajos parecidos en el último año, pero siempre se había puesto excusas para no abandonar su casa, su familia, su local... Sin embargo, después de... “el encuentro” con Liam, decidió que era justo el momento de empezar a hacer algo con su vida.

Desde que había estado con él no había podido quitárselo de la cabeza ni un momento. Ni en el hospital. En cuanto supo que su sobrino no corría ningún peligro, empezó a recordar en su mente cada segundo de los que había compartido con él. Como la había hecho vibrar con sus caricias. Como había conseguido que se sintiese más viva y expuesta que nunca. ¿Por qué había dejado que aquello pasase? ¿Por qué había permitido que él se acercase tanto a su corazón como para arrebatárselo. No hacía falta que se tatuara su nombre, porque sabía sobradamente que desde que la besó por primera vez cada uno de sus latidos iban destinado a él.

De nuevo unas inmensas ganas de llorar la aboraron. Los ojos comenzaron a arderle por la necesidad de dejar salir el torbellino de emociones que la dominaban. No se había permitido abandonar a ellos y hasta el momento había contenido las lágrimas celosamente, negándose a llorar por él aunque se sentía desgarrar por dentro. Había sido tan estúpida como para enamorarse de su propia pesadilla. ¡No quería una vida como la de su madre! ¡No quería vivir el sufrimiento y padecimiento en el que se había sumido su hermana cada vez que su cuñado se había marchado a un conflicto! No quería convertirse en una mujer a la espera de su hombre. Una mujer sin vida más que la de contar los minutos que la separan de aquel que era dueño de su corazón. No podía pasar otra vez por ello. ¡No podía!

De nuevo las lágrimas amenazaron en salir en estampida por su rostro. Sin duda aquel no era el mejor momento para dejarse llevar. Estaba a punto de cumplir sus sueños. Siempre había querido enseñar arte y pintura a niños. Más que exponer su obra, o incluso venderla. Y cuando recibió la llamada, tres días antes, de una de sus ex-profesoras ofreciéndole un puesto como maestra en el Centro de Artes de Montgomery, lo vio como una señal. Una salida que le daba el destino para poder huir de lo que sentía.

Tenía que respirar y tranquilizarse. La llamarían en unos pocos minutos y no podía entrar a la entrevista con los ojos enrojecidos y cara de descompuesta. Abrió su bolso con la intención de tomar un pañuelo y el pequeño espejo que guardaba en él. Y entonces se sorprendió al encontrar un sobre entre sus cosas. No era suyo. No lo había visto jamás. Lo tomó con curiosidad. Estaba amarillento como si fuese antiguo y ligeramente arrugado, como si su contenido hubiese sido examinado incansablemente. Le dio la vuelta y leyó atónita el nombre de la persona a la que iba dirigida aquella carta; Nolan Wile, el padre de Liam.

¿Cómo había podido llegar esa carta hasta su bolso? ¿Por qué...? El corazón se le detuvo en el pecho dolorosamente. Apenas podía respirar mientras sus dedos agarrotados sostenían el sobre. No necesitaba abrirla para saber que era la carta que la madre de Liam había escrito para su padre. Liam le había hablado de ella, y ahora estaba allí.

El pulso comenzó a temblarle y cerró los ojos un segundo, antes de que sus manos abriesen el sobre. Sacó su contenido; un folio manuscrito con letra temblorosa, y un par de manchurrónes. Gotas, lágrimas derramadas sobre el papel mientras se escribían aquellas palabras que habían cambiado el destino de Liam.

Querido Nolan,

Sé que jamás llegarás a perdonarme. Sé que el dolor que causé con mi marcha, separándote de nuestro hijo es inmenso. Y cualquier posibilidad de perdón desapareció en el momento en el que decidí marchar y alejarme de tu corazón.

Tampoco busco el perdón. No lo merezco. Lo que hice fue horrible, lo sé. Lo he descubierto en el rostro de nuestro hijo cada vez que sus ojos anhelantes me preguntaban por ti. Cada vez que uno de sus gestos era el vivo reflejo de los tuyos. Para mi desgracia y desasosiego he visto como a pesar de haberlo alejado de ti. De pensar que así lo protegía del dolor de tu ausencia constante, del temor a perderte en cualquier momento, lo único que conseguí fue que te añorase cada día de su vida. Y como si conociese cuáles eran tus pasos en el camino, decidiera seguir tus huellas para convertirse en una réplica exacta de ti.

Imagino que es el castigo que merezco.

No quería verte marchar una y otra vez de mi vida. Pasar noche tras noche en vela, llorando y rezando para que volvieses sano y salvo junto a mí, para que me devolvieses mi corazón. Pensé que si pasaba por la pérdida una única vez, solo una, sería capaz de superarlo. De dejar de añorarte, de dejar de morir en vida. Pero me equivoqué.

Y ahora puedo decir que dejé de vivir el día que me fui de tu lado. Creí que evitaba todo aquel sufrimiento a nuestro hijo, a mí. Pero él ha añorado a su padre cada día, y yo he extrañado a mi amor cada minuto. Dejé mi corazón en Fort Rucker, junto al tuyo. Y lo poco que quedó de él, se marchita ahora cada vez que veo salir por la puerta a nuestro hijo. Haciendo lo que tanto temí que me hicieras tú. Abandonarme para siempre...

Poppy no pudo leer más. Las lágrimas empañaron sus ojos, cegándola por completo. El corazón comenzó latirle desenfadado y el aire se volvió tan espeso que temió no volver a respirar jamás. Se llevó una mano al pecho.

—¡Poppy! ¿Estás bien? —oyó que le preguntaba Liliana, su ex profesora, acercándose a ella. Había salido a avisarla de que ya podía entrar a la entrevista y la encontró allí, deshecha en un mar de lágrimas.

—¡Bien, chicos! ¡Esto está a punto de terminar! ¡Buen trabajo! —Gritó Liam sobre el atronador ruido de las hélices del helicóptero, mirando a los miembros de su escuadra que habían hecho el simulacro de aquella noche. En total eran once hombres. Las maniobras habían transcurrido sin problemas, como era de esperar. No solo cumpliendo los objetivos de los tres ejercicios de rescate, sino superando las marcas que se habían impuesto para su resolución. Estaba satisfecho y el resto del equipo lo parecía también, a pesar del agotamiento.

—Deberíamos salir a celebrarlo mañana —apuntó Morris, explayando una de sus socarronas sonrisas.

El resto de la escuadra apoyó la propuesta entre risas.

De repente sintieron una fuerte sacudida que desestabilizó el helicóptero. Y un pitido estridente avisando de la pérdida de altura inundó la cabina. Liam abrió la puerta de carga y se asomó para divisar la parte trasera de la aeronave. Supo inmediatamente lo que pasaba. Algo había colisionado con el rotor de cola. El Black Hawk comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, sin control.

Liam se deshizo del equipo de asalto con rapidez, entre la locura dentro del helicóptero, donde los soldados se asían con fuerza a cuanto podían. Él fue hasta la cabina de pilotos. Ordenó al copiloto que le dejara su asiento y este lo miró aturdido.

—¡Vamos soldado! —le gritó. Lo tomó del uniforme y lo ayudó a salir. El piloto hacía cuanto podía por mantener el control, pero no tenía su experiencia. Nunca se había encontrado en una situación así. Afortunadamente, no era la primera vez para él, que ya la había vivido en pleno conflicto en Afganistán.

—No sé lo que ha pasado, sargento, de repente he sentido...

Liam no oyó nada más. Tomó los mandos y se hizo con el control. Tenía en sus manos las vidas de otros diez hombres y el helicóptero perdía altura con rapidez. Los minutos se hacían eternos mientras el torrente de adrenalina que invadía su cuerpo, lo mantenía completamente alerta. Evitar la colisión era imposible. Sin el rotor de cola y a aquella velocidad, iban a caer, seguro. Solo podía mantener el control y maniobrar para que el choque no provocase bajas en su escuadra.

Por radio oía las comunicaciones de los otros dos Black Hawks que habían salido a hacer las maniobras junto a ellos. No podía escucharlos, solo podía ver el paisaje girando frente a él a gran velocidad, mientras su mente fría hacía los cálculos necesarios para evitar la caída en picado del helicóptero.

La colisión brutal contra el terreno, gracias a su pericia, hizo que la panza del helicóptero derrapase sobre la tierra varias decenas de metros. Hasta que finalmente se detuvo envuelto en una inmensa nube de tierra que impedía ver algo del exterior.

Liam sintió caer por la frente su sangre caliente. La última imagen que vio fue el precioso rostro de Poppy, justo antes de que todo se volviese negro para él.

Poppy llegó a casa de su viaje a Montgomery, agotada. Más por las emociones que la azotaban que por el viaje en sí. Ya había caído la noche y le sorprendió que el coche de Todd no estuviese allí aun. En cuanto aparó el suyo en el camino de entrada a la casa, Maggie abrió la puerta de casa y corrió hacia ella.

—¡Maggie! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —Lo primero que pasó por su cabeza fue que le hubiese ocurrido algo a su sobrino.

—Es Liam...

El corazón de Poppy se detuvo en seco, dolorosamente. Cada latido retumbó en su cabeza, mareándola. Se dejó caer apoyándose en el capó de su coche mientras Maggie intentaba contarle algo. Las palabras accidente, helicóptero y Liam destacaron sobre las demás.

—¿Dónde... está? —consiguió preguntar a pesar de no poder respirar.

—Poppy tienes que saber que él...

—¿Dónde está? —Gritó sin querer escuchar una palabra. Si él... Si él... Pensar en la posibilidad de que... ¡Oh, Dios mío! ¡No podía perderlo!

—Está vivo, pero muy grave, Poppy —le dijo su hermana suavemente.

Poppy se llevó una mano a los labios y después al cuello.

—Necesito verle, Maggie. Necesito estar con él —le rogó rompiendo a llorar desesperada.

Maggie asintió tomándola por los hombros, temiendo que se desmayase en aquel momento. No veía así a su hermana desde la muerte de su padre. Y la rodeó para abrazarla con fuerza.

—Vamos, yo te llevaré —resolvió entrando un momento en la casa.

Cuando salió, Poppy le preguntó:

—¿Y Junior?

—¡Ya estoy aquí! —anunció la señora Bailey, vecina y esposa de otro sargento mayor de la base. Llegaba corriendo, abrochándose la bata de estar en casa —No os preocupéis, yo me encargo de junior. Id tranquilas —se despidió de ellas con la mano.

Maggie dio las gracias a la vecina, mientras Poppy totalmente imbuida en el batiburrillo de sentimientos y emociones se sentaba en el coche, totalmente encogida, apretó las manos sobre el regazo intentando detener el temblor descontrolado de las mismas. Por su mente transcurrían, una escena tras otra, todas las que había vivido con Liam. Se abrazó al recordarlo rodear su rostro, apoyar la frente en la suya y besarla devolviéndole la vida. Las lágrimas rodaron por sus mejillas sin control.

—No puedo perderlo... No puedo perderlo... —comenzó a susurrar repetidamente sin levantar la vista de su regazo.

Maggie la miró un segundo, con el corazón encogido entendiéndolo perfectamente su dolor, posó una mano sobre la espalda de su hermana.

—Maggie... no puedo perderlo. ¿Cómo he sido tan estúpida? Lleva toda la semana llamándome y no le he cogido el teléfono. He perdido tanto tiempo... —Se le quebró la voz.

Las palabras de la madre de Liam, en la carta tronaron en su mente. Se sujetó la cabeza con ambas manos. Ella había intentado huir de lo que sentía como en su día lo hizo la señora Wallas. ¿Y qué había conseguido? Una vida de agonía y tristeza añorando al hombre al que amaba. Anhelando los minutos perdidos a su lado. Huyendo del dolor se abocó a una vida en la que solo quedaba eso. Perdió los momentos de felicidad que habría podido compartir con el amor de su vida. Si su madre hubiese hecho lo mismo, ella no habría podido atesorar los momentos con su padre. No la habría enseñado a disparar, ni a jugar a las cartas, ni la habría besado cientos de veces llamándola su pequeña mariposa.

No quería perder a Liam. Quería los miles de besos que le quedaban por recibir de sus labios. Las miles de noches de amor y entrega desmedida. Sus caricias, sus discusiones y peleas, sus sonrisas, su mirada verde y granuja. Lo quería todo de él.

Se limpió el rostro, roto de dolor, en cuanto llegaron al hospital. Su hermana detuvo el coche frente a la puerta de urgencias, y antes de darle tiempo a aparcar, bajó del vehículo y corrió hacia la puerta. A los pocos metros vio a su cuñado, frente al mostrador de información. Iba de uniforme, su postura marcial y tensa la detuvo. Todd la vio y fue a abrazarla.

—Está en el quirófano —le anunció en tono calmado. La colisión ha sido muy fuerte. Él se ha llevado la peor parte. El golpe en la cabeza... Tiene un coágulo, varias costillas rotas, una fuerte contusión... Todd se detuvo al ver la palidez del rostro de su cuñada. Y la sostuvo temiendo que se fuese a desmayar en el pasillo.

Se había quedado muy sorprendido al ver que su sargento primero había puesto a su pequeña Poppy como persona de contacto a la que avisar si algo le pasaba. Había comprobado los datos dos veces, sin entender cuándo había pasado aquello. Hacía tan solo unos días que lo había invitado a cenar a casa y no se percató de nada, entonces. Reconocía que era un hombre despistado para esos temas, pero el rostro desenchajado y roto de su cuñada solo gritaba una cosa; estaba enamorada del soldado.

—Todo va a salir bien. Es un hombre fuerte. En mis años de servicio pocas veces me he encontrado con alguien de su talla. Esta noche ha salvado la vida de diez hombres —le dijo guiándola por el pasillo hasta la sala de espera.

Allí el resto de soldados de la escuadra y algunos más que se habían acercado desde la base, esperaban impacientes las noticias de los cirujanos sobre la marcha de la delicada operación. Al verlos aparecer, los soldados se cuadraron hasta que Todd les dio la orden de descanso, con un gesto de su cabeza. La observaron y le mostraron sus respetos con una leve inclinación. Poppy se sintió sobrecogida. Algunos de ellos iban vendados, otro con muletas. Pero por lo demás parecían estar bien.

Poppy se dejó guiar hasta una de las sillas de la sala y tapó su rostro entre las manos. Apoyando los codos en las rodillas, intentó serenarse.

—¡Poppy! ¿Eres Poppy, verdad? La novia de Liam... —le preguntó una voz femenina. Ella levantó el rostro, sorprendida y se encontró con Amy, la prima de Liam.

No supo que contestar a su pregunta. Se limitó a levantarse de la silla.

—Él me habló de ti —dijo la chica abrazándola — Me alegro tanto de que te tenga. Ha estado tan solo...

—Amy... También a mí me habló de ti, de vuestra familia —contestó tras el primer momento de sorpresa porque Liam le hubiese hablado de ella.

Le devolvió el abrazo. Era evidente que estaba afectada. No debía ser fácil recuperar a un miembro de la familia, desaparecido durante tanto tiempo, y sentir que lo podían volver a perder.

—Sí, estamos casi todos aquí —le dijo la chica señalándole a un extenso grupo de personas al otro lado de la sala que la miró con interés y preocupación.

En pocos segundos se vio rodeada por varios de ellos que se presentaron como tíos, primos... No consiguió retener ni uno solo de los nombres. Aturdida recibió las presentaciones uno por uno.

De repente el movimiento a su espalda de los presentes la sacó de su estado. Los soldados habían comenzado a rodear al cirujano que había operado a Liam. Poppy se abrió paso entre ellos con desesperación, y vio al médico quitarse el gorro de tela de la cabeza, con gesto solemne.

Intentó respirar pero ya no pudo.

Liam abrió los ojos muy despacio e inmediatamente los cerró cegado por la deslumbrante claridad que entraba por la ventana. Su gesto se contrajo y exhaló una maldición al probar a moverse y sentir como atravesaba su cabeza una intensa punzada de dolor. Volvió a abrir los ojos tardando varios segundos en acostumbrarse a la luz. Después intentó reconocer dónde estaba: una camilla, un hospital, conectado a varias máquinas. Quiso incorporarse pero el agudo dolor de cabeza volvió a mullerlo.

—No deberías hacer esfuerzos —le dijo la preciosa voz de Poppy. Se giró y la vio allí, sentada en una silla. Hermosísima, como una espectacular alucinación de la

que no quería despertar.

—Poppy... —consiguió decir su nombre mientras la devoraba con la mirada.

Ella se levantó y fue hacia él, lentamente. Le bridó una sonrisa dulce, y sus centelleantes ojos brillaron por las lágrimas. No dijo nada. Tampoco podía hacerlo. Se limitó a acercar su rostro tanto al de Liam como para que pudiese beber de su aliento. Con delicadeza llevó una mano hasta su rostro y le acarició la mejilla, el contorno de su masculina mandíbula, recreándose en cada una de sus hermosas facciones. Pasó el pulgar por encima de sus labios carnosos y contuvo la respiración antes de besarlo con exquisita ternura.

En el momento en el que sus labios estuvieron en contacto, todo lo demás desapareció para ellos. Salvo el uno para el otro. Las respiraciones de ambos se agitaron y sus corazones comenzaron a latir al unísono en una trepidante carrera.

—Mi princesa inalcanzable... —le susurró Liam contra los labios, enmarcando su rostro con las manos —No vuelvas a apartarte de mí —le ordenó admirándola con devoción.

—No podría hacerlo, sargento. Has tatuado tu nombre en mi corazón.

La inmensa sonrisa de Liam se paseó por sus labios carnosos.

—Pensé que querías marcharte... La entrevista, tus sueños... —dijo de repente, recordando que ella había intentado irse de allí.

Poppy posó un dedo sobre sus labios.

—Montgomery está solo a hora y media de aquí. Y tengo clases tres días a la semana. Además, mis sueños no tiene sentido si no puedo compartirlos contigo.

Poppy se incorporó y enlazó los dedos con los de Liam. Tenía miedo de dañarlo. La operación había sido muy complicada. Habían estado a punto de perderlo en el quirófano. Solo de pensarlo volvía aquel horrible nudo a su garganta.

—Yo creí que eras tú el que se marchaba —le dijo sin poder contener las lágrimas.

—Jamás podría dejarte. No dejaré de volver a tu lado, siempre que tú me estés esperando.

Poppy le regaló una sonrisa y Liam pasó una mano por su nuca acercando los labios a los de su chica, para beber de nuevo de ellos.

No necesitaba más que esos labios para recuperarse.

Epílogo

Liam devoraba la boca de Poppy con hambre, con codicia, hasta dejar enrojecidos sus labios. Solo había una cosa que le gustaba más que besarla; estar dentro de ella. Y era algo que pensaba hacer en breves momentos. Pero antes...

—¿Qué haces? —protestó Poppy al verlo detenerse y apartarse de sus labios. Ella sentada a horcajadas sobre él, en el interior del Chevy, intentó volver a besarlo, pero él la tomó de las manos deteniéndola.

—Espera un momento, princesa. Tengo algo que decirte...

—No puedo esperar. Tendrás que hablar después. ¡Te deseo ahora!

La entrepierna de Liam se hinchó como un castillo inflable. Aquella endemoniada mujer lo tenía completamente dominado.

—Y por lo que veo, tú también lo quieres ahora... —dijo ella con una sonrisa notando la brutal erección de Liam presionando contra su sexo. Se removió sobre él volviéndolo loco.

—Claro que lo quiero ahora —afirmó con voz ronca—, pero hay otra cosa que quiero más —añadió volviendo a separarse de ella.

Poppy lo miró con el ceño fruncido y se cruzó de brazos.

—¿Qué puedes desear más que esto? —le preguntó entornando la mirada.

Liam rio abiertamente, lo que hizo aumentar su enfado.

—A ti, fiera. A ti.

—A mí ya me tienes. Ese golpe en la cabeza que te diste te ha dejado muy mal...

—¡Qué cruel eres! Pero a pesar de todo... sigo queriendo pasar el resto de mi vida contigo, princesa —Le dijo Liam sacando de la nada una cajita negra. La puso frente a ella y abrió la tapa para mostrarle el interior—¿Quieres casarte conmigo, Poppy?

El gesto inmóvil de la chica le paró el corazón en seco. Ella no reaccionaba, no decía nada. Solo miraba el bonito solitario de diamantes.

—Cariño... —la llamó.

—¿Pretendes que me convierta en una de esas mujeres que os lavan los calzoncillos, sargento? —preguntó sin cambiar la expresión.

—Sí es por eso, me los puedo lavar yo...

Poppy empezó a reír sin poder contenerse más y se abalanzó sobre él para besarlo, feliz.

—Sí, me casaré contigo, Liam.

Él le devolvió el beso enardecido, feliz, más vivo y exultante de lo que se había sentido jamás. Solo una hora más tarde, cuando ambos, desnudos, agotados y saciados, disfrutaban de sus cuerpos enredados, Liam rompió el silencio para preguntarle:

—¿Crees que el padre Michael aceptaría casarnos y que así puedas hacer de mí un hombre decente?

Poppy rompió en carcajadas y volvió a besar los labios dulces de su “Sargento Sirope”.

Fin

A ti, lector, gracias por leer Hecho con amor. Significa mucho para mí, al igual que recibir tus comentarios y opiniones. Por eso te invito a compartirlas en tu plataforma de compra, en la ficha del libro. Puede ser útil para futuros posibles lectores, y yo te lo agradezco desde el corazón.

Nota de la autora

Y aquí estamos, tras vivir la historia de Poppy y Liam, que espero que hayas disfrutado leyendo, tanto como yo escribiéndola. Pero para no dejarnos llevar por ese sabor agridulce que trae la despedida, os dejo a continuación, como regalo, estos tres relatos que espero que disfrutéis mucho.

*Tan solo os comento que el primero de ellos, *La coleccionista de noches vacías*, es el prólogo de una de las novelas que publicaré el próximo año, y que lleva el mismo nombre. Así os sirve como avance.*

Una vez más, muchas gracias por leerme.

Lorraine Cocó

Lorraine Cocó



LA COLECCIONISTA
DE NOCHES VACIAS

La coleccionista de noches vacías

Subía los escalones despacio, arrastrando perezosamente las zapatillas de felpa sobre la superficie envejecida de los escalones de madera. Estos, a su vez, emitían un sonido seco, como un quejido roto bajo sus pies. Toda la casa se le manifestaba; aquellos escalones, el goteo incesante del grifo de latón de la antigua bañera, las vigas del desván que parecían retorcerse al llegar la noche. La casa tenía algo que decir y ella al principio no estaba dispuesta a escuchar.

Cuando llegó diez días atrás a la vieja casa de sus abuelos, cada uno de aquellos soniquetes era inapreciable para ella. Tan sólo conseguía escuchar el zumbido de sus pensamientos ir de acá para allá. Al cabo de unos días, cuando ya no tuvo nada más en qué pensar, se dio cuenta de que la casa le decía cosas. Y luego empezó a volverla loca.

Estaba acostumbrada a los ruidos de la ciudad; bocinas hasta las tantas, gente discutiendo en la calle, el camión de la basura en mitad de la noche haciendo sonar los contenedores de metal. Eran sonidos conocidos, molestos, pero formaban parte de su vida, como una parentela inoportuna a la que tienes que aguantar, pero que a fin de cuentas es tu familia.

Pero aquellos sonidos, los de la vieja casa, sólo hablaban de soledad y abandono, de tiempo vacío, de olvido, de desidia, de desolación. Un compás reiterado de silencio, goteo, silencio, viga, rama que choca contra el cristal de la ventana de su cuarto, otro silencio, roto de nuevo por el goteo, un crujido, silencio... Aquella casa estaba agotada, sola y quejumbrosa, como ella.

Se preguntó si también guardaría algunos secretos.

Por fin llegó hasta la planta de arriba arrastrando los pies y el final de la bata de paño de su abuelo, que había encontrado en el armario. Estaba frente a la puerta del desván. No le gustaban los desvanes, tampoco los sótanos, eran los sitios en los que la gente escondía sus cosas, apolillaba su pasado o silenciaba a sus monstruos. Pero los monstruos no desaparecen, pueden estar un tiempo dormidos, puedes intentar encerrarlos, pero tarde o temprano alguien abre la puerta y vuelven a hacer de las suyas. Si fuera por ella las casas serían de una sencilla planta baja.

Sujetó el pomo de la puerta primero tímidamente y después con más fuerza, intentando convencerse de que allí no había monstruo alguno, sólo mantas y edredones en maletas y arcones, justo lo que ella necesitaba.

Recordó el frío que había pasado la noche anterior, hecha un ovillo en la cama, cada músculo agarrotado por el helor y prometiéndose que al salir el sol se atrevería a subir allí en busca de alguno de los bonitos edredones patchwork que hacía años había tejido su abuela para los huéspedes. La perspectiva de pasar otra noche como aquella la animó a girar el pomo y abrir.

El desván estaba en penumbra, tan solo algunos rayos de sol entre los tablones de madera que protegían la ventana luchaban por abrirse camino entre las motas de polvo que lo cubrían todo, haciendo el aire espeso y enrarecido. A una persona alérgica y asmática como ella, le daba una excusa extra para no permanecer mucho más tiempo allí del necesario.

Intentó ajustar la visión a la escasa luminosidad de la estancia. Tardó unos segundos en empezar a vislumbrar las siluetas de las formas cúbicas de los residentes de aquella parte de la casa. Cajas y más cajas, de distintos tamaños y materiales, con la apariencia del juego de construcción de un niño pequeño con mucho sentido del caos, comenzaron a surgir al acercarse a ellas. No tardó en darse cuenta de su error. Sí, los tamaños y formas eran desiguales, también los materiales y colores de aquellas cajas, pero estaban perfectamente clasificadas por fechas y número de habitación a la que habían pertenecido. Las torres abarcaban del suelo al techo del desván, de lado a lado, y una profundidad de al menos cinco metros. En algún momento, las etiquetas también habían llevado un código de color, ahora tan solo se adivinaban entre el desgaste y el polvo, unas cifras y letras.

Las observó con detenimiento, aquella era la letra de su abuelo.

Había contemplado durante años esa caligrafía perfecta. En las manos de su abuelo un simple bolígrafo había sido siempre una herramienta para el arte. En la época de sus abuelos, los que habían tenido la suerte de estudiar, habían hecho mucho hincapié en elaborar una caligrafía elegante y legible. En muchas ocasiones al recibir algún documento manuscrito, como la receta de su médico de cabecera, había echado de menos aquella antigua exigencia en los colegios. Ahora la gente dedicaba más tiempo a correr que a ver por dónde caminaba. A hablar sin escuchar sus palabras, o lo que era peor, sin pensarlas. Todo eran prisas y sinsentidos. Aquella caligrafía impecable detonaba mucho más que un esfuerzo por hacer las cosas bien, era la señal clara de dar un sentido a cada cosa que hacemos.

Limpio el polvo de la primera etiqueta que tuvo a mano con el dorso de la manga de la bata de paño. “Habitación tres” “Del 23-04-91 al 30-04-91”. Un escalofrío le recorrió la espalda. Aquella parecía ser la última etiqueta que había escrito el abuelo. Sí, la última, pues poco después de aquella fecha lo perdían para siempre. Engulló la gongola que el pensamiento le confería, como una bola de espinas desgarrándole la garganta, y se concentró en la tarea que la había llevado hasta aquel lugar tan poco deseable para ella.

¿Cuál habría sido la primera caja que había clasificado su abuelo?

Un ataque de tos evidenció que su exposición al polvo había sobrepasado los límites aconsejados. Tomó la caja y se dirigió a la puerta, se dio cuenta en ese momento, de que no había cogido el edredón y arrastró también hacia fuera el arcón de madera de la abuela. Cerró la puerta a su espalda y bajó las escaleras arrastrando el arcón por los escalones hasta el piso de abajo donde se encontraba su dormitorio.

Una vez allí, lo primero fue sacarlo y ponerlo a lavar. Aunque las noches habían comenzado a ser frías pues estaban a finales de septiembre, los días aun eran soleados y tendría tiempo de sobra de disfrutarlo limpio y seco para la noche.

Una vez tendido se detuvo unos segundos a la entrada de la casa sin saber a dónde ir. Aun se sentía desorientada. Llevaba demasiado tiempo realizando la rutina de ir de su casa al trabajo y, del trabajo a casa de manera mecánica, ahora no se encontraba a sí misma en ningún otro lugar. Tenía que comenzar a pensar de otra manera.

Aquella era su nueva casa. No sabía qué iba a hacer, pero sí que era el comienzo de su nueva vida, una vida que no quería que tuviese nada que ver con la anterior. Una oportunidad de comenzar de nuevo, ahora quedaba decidir qué sentido iba a darle. Aunque no tenía que ser en ese instante, de momento, podía conformarse con subir y ver qué contenía la caja del abuelo que había dejado en su cuarto.

El cartón no estaba muy deteriorado, a pesar de llevar décadas allí amontonada. Rompió los precintos de cinta de embalar con los que el abuelo la había cerrado y la liberó de la tapa. El interior de la caja la dejó confusa. Ocho almohadones en fundas de plástico, envasados al vacío y perfectamente etiquetados. Cada uno correspondía a uno de los días que venían anotados en el exterior de la caja. A la fecha acompañaban otros datos. Tres estaban etiquetadas a nombre del Sr. Castle, cuatro más a nombre de la Sra. Romero, y la última de la Sra. Carbajal. Debajo de cada nombre una anotación más completaba la etiqueta; “Sin resultado”.

¿Sin resultado de qué? No le encontraba ningún sentido. Revisó las fundas, eran almohadas individuales, normales y corrientes. Las que habían tenido sus abuelos siempre en la casa de huéspedes. Recordaba bien esas almohadas, siempre impecables. Las sábanas y edredones que utilizaba la abuela eran ahora auténticas obras de arte, confeccionadas a mano con los mejores tejidos. Entendía que aquellas exquisitas piezas estuviesen empaquetadas y enfundadas con sumo cuidado, pero no los almohadones...

¿Qué sentido tenía guardar aquellos almohadones? ¿Qué había motivado a su abuelo a no sólo guardarlos, sino clasificarlos de aquella manera tan extraña? La intriga le hizo realizar un acto impensable para ella.

Volver al desván.

Tenía que revisar el contenido del resto de las cajas, algo que le iba a llevar mucho más, de los cinco minutos que aguantaba estar allí.

Lo primero, ponerse la indumentaria adecuada: Una mascarilla, unos guantes de látex y ropa desechable. Y las armas necesarias: Un martillo, tijeras y bolsas de plástico.

Salió del desván tras cinco horas de masticar polvo, y lo peor, mucho más confusa de lo que había entrado. Su primera tarea había consistido en quitar los tablones de la ventana para poderla abrir por completo. Una vez expuesta la habitación a toda la luz y el aire fresco y renovado del exterior, la estancia no resultaba tan

aterradora. Al contrario, podía tener hasta un encanto especial. El techo, aunque inclinado, era bastante alto, con lo que no había tenido que agacharse en ningún momento. Las vigas y las paredes forradas de madera, hacían que fuese muy acogedora y era decididamente, muy amplio.

Después de una inspección superficial, se dedicó a hacerla de manera mucho más exhaustiva, quería revisar el contenido de cada caja. No había conseguido hacerlo con todas pero tampoco le hacía falta para saber lo que contenían las que aún seguían precintadas.

Todo eran almohadones.

No había nada más. Almohadones y más almohadones, guardados y clasificados a lo largo de treinta años. Cada uno llevaba una etiqueta en la que se especificaba el nombre de la persona que lo había utilizado y la fecha en la que lo hizo, junto con una anotación al final que no variaba en ninguna. “Sin resultado”.

¿Qué resultado había esperado conseguir el abuelo de aquellas almohadas? ¿Qué sentido tenía guardar las que habían utilizado los huéspedes de la casa durante décadas? No habían sido reutilizadas, cada huésped había usado una nueva, que posteriormente había sido guardada celosamente a su partida. ¿Con qué fin? Tenía que averiguar por qué, pero, ¿dónde conseguir más información? Jamás había escuchado hablar a sus padres de aquella obsesión del abuelo por coleccionar almohadas y, ya tampoco se lo podían decir.

Estaba sola. Todo cuanto tenía sobre su familia estaba en aquella casa. Nadie podía contarle nada sobre ellos, ni sobre lo que había pasado allí. El abuelo debía tener un motivo para coleccionar aquellos almohadones de los que había esperado conseguir algo. Algo que no consiguió, de ahí la reseña “Sin resultado”.

Transcurridas las cinco horas que había pasado en el desván, bajaba las escaleras perdida en sus pensamientos, más parecidos a delirios que a reflexiones de una persona cuerda.

En la biblioteca había estado siempre el escritorio de su abuelo. En los días que llevaba allí se había mantenido alejada de él. No queriendo cotillear demasiado entre sus papeles, ahora sin embargo, tenía la necesidad imperiosa de saber... Si encontraba en aquel escritorio algo que la ayudase a entender lo que acababa de ver en el desván, tenía que hacerse con ello.

Se dirigió a la planta baja poseída por una resolución que hacía meses no sentía. Por primera vez desde que llegó, cada paso de los que daba tenía un sentido, no eran una sucesión de movimientos que se limitaban a desplazarla de un lado a otro, había una razón. Y eso fue sencillamente revitalizador.

Aquella era una casa enorme. La planta baja era la zona de los espacios comunes; una gran sala, una biblioteca, una cocina con comedor y un baño. Subiendo la escalera, seis dormitorios y dos baños, y arriba el desván. La vieja casa era una herencia familiar de los bisabuelos, padres de la abuela. Ella la convirtió en casa de huéspedes al heredarla, y así conoció al abuelo, que fue a hospedarse allí al regresar de un viaje de trabajo, de camino a su casa, en una ciudad cercana. Iba a casarse con su novia de toda la vida hasta que vio a la abuela y ya no se marchó de allí.

Cuando la edad les impidió seguir llevando la casa de huéspedes, cerraron las habitaciones a las que ya no iban a dar uso y descuidaron el mantenimiento. A pesar de ser una casa con mucho encanto, ahora tenía un aspecto desalentador. Si decidía quedarse allí iba a tener que destinar gran parte de sus ahorros a la reforma y rehabilitación de la casa.

Por fin llegó hasta la biblioteca, su habitación favorita. Lo había sido desde niña, entonces, su pasatiempo favorito consistía en coger un libro y meterse bajo el escritorio del abuelo a leer. Era su escondite, un escondite ridículo pues siempre sabían que podían encontrarla allí, pero a ella le hacía sentir segura. En aquella ocasión no iba a sentarse bajo el escritorio, en lugar de eso, iba a ocupar la silla de su abuelo, de madera oscura y robusta, con ruedas en las patas, y respaldo tan alto que le llegaba hasta el cuello. Intentó abrir los cajones del escritorio pero estaban cerrados con llave. Entonces se le ocurrió algo que había visto en las series televisivas de misterio, pasó la mano por la parte baja del escritorio y allí estaba, pegada con un trozo de cinta. Una pequeña llave dorada que recordaba colgada siempre en el llavero de su abuelo. La metió en la cerradura, y en un segundo se encontró frente a todo tipo de documentación que había estado atesorando éste durante años.

Los ojeó por encima hasta que algo llamó su atención, un cuaderno forrado en piel negra con unas letras labradas en verde que decían “Diario”.

¿Diario? ¿El abuelo escribía un diario? Lo abrió sin otorgarse demasiado tiempo a pensar en lo que estaba haciendo.

“A los pocos días de llegar aquí, me di cuenta de que ya no los tenía. No he vuelto a tenerlos, ni esos ni ningún otro, y no sé qué hacer. ¿Cómo los puedo recuperar? Lo he estado meditando, y he llegado a la conclusión de que si no puedo recuperar los míos, quizás pueda obtenerlos de las personas que se hospedan en la casa, pero ¿Cómo? Me niego a pensar que jamás volveré a tenerlos”

¿De qué hablaba el abuelo? ¿Qué había perdido al llegar a aquella casa? ¿Qué pretendía conseguir de los clientes? ¿Y tenía aquello algo que ver con su colección de almohadones? Era demasiado mayor para sentarse bajo el escritorio a leer, decidió coger el diario y seguir haciéndolo en su cuarto. De camino a su habitación pasó por la puerta de la cocina. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había comido en todo el día, se le había olvidado, también pasó por alto sacar el edredón de la lavadora, ya no estaría seco para la noche. Tendría que ingeniarse la manera de pasarla caliente.

Hacia unas horas lo que le preocupaba era no pasar otra fría noche como la anterior, pero en aquel momento no le dedicó ni un par de segundos al problema. Quería averiguar qué había perdido el abuelo al llegar a aquella casa.

Mientras se preparaba un par de sándwiches pensó en encender la chimenea del salón, y enroscarse en el mullido sofá de flores que había enfrente. Era un buen sitio para leer. Cuando lo tuvo todo preparado, se acomodó y abrió el diario ya tan solo hambrienta de curiosidad.

“He comenzado a clasificar los almohadones de los huéspedes. Los cambio con cada uno. No quiero que algo ponga en peligro poder recuperarlos. Si con esto consiguiera volver a tenerlos, sería muy afortunado”

¿Recuperar el qué? ¿Qué tenían que ver aquellos almohadones con lo que había perdido el abuelo?

“Llevo meses haciendo pruebas, hemos tenido catorce huéspedes en este tiempo, pero no he obtenido resultados. He preguntado a Irene si ha notado algo extraño en el suyo, pero mi querida esposa, dice que está como siempre. ¿Es posible que sólo los haya perdido yo?”

Esa era la siguiente anotación del abuelo, cada vez más confuso. Empezó a temer que el hombre que toda su vida le había parecido la persona más cuerda que había conocido, el hombre al que consultaba cada vez que sentía tambalear su mundo, hubiera perdido la cabeza. Pero una cosa así se habría notado. En algún momento su comportamiento habría denotado anormalidad, desequilibrio, obsesión. Pero jamás se dio el caso.

“He comenzado a hacer preguntas a los huéspedes. No dejo que sospechen, excuso mis interrogatorios como mera preocupación por su comodidad y confort en la casa. Ellos aceptan de buen grado mis preguntas y, así he conseguido averiguar que todos ellos los han perdido. Todos ellos”

Aquella anotación era de unos meses después. Pero seguía sin ser aclaratoria. Cuanto más leía, más necesitaba saber. Pasó la página en busca de la siguiente anotación que databa de años después.

“¡Llevo tantos años investigando, y no he conseguido progresar en mis averiguaciones! En este tiempo he esclarecido que Irene no los ha perdido porque nunca los tuvo ¿Es eso posible? El resto de los huéspedes, cuando llegan aquí también los pierden. Dentro de esta casa nadie los puede tener. Por esta razón he pedido a mi hija que no deje a la niña más de una semana aquí seguida. No quiero que la niña viva sin ellos. Me da miedo que luego no pueda recuperarlos”

Leer que el abuelo había pedido a su madre que no la dejara con ellos más de una semana seguida, le aclaró algo que la había inquietado durante muchos años. De niña había pasado grandes temporadas en la casa con los abuelos, de repente, cerca de sus ocho años de edad, su madre comenzó a dejarla solo por unos días cada varios meses, pensó que había hecho algo que molestaba a los abuelos, pero su madre le dijo que estos se hacían mayores y no quería darles trabajo. Aun así siguió teniendo dudas y por lo visto bien fundadas. El abuelo tenía otras razones. De esta a la siguiente anotación también pasaron varios años.

“El desván está repleto, y hace años que perdí toda esperanza. Perdí los míos y no los pude recuperar a través de los demás. Aun así he seguido guardando esos almohadones. Irene cree que son manías de un viejo tonto, yo sólo le respondo que otros coleccionan monedas, yo, noches vacías. La casa tiene algo mágico, algo que hace que toda persona que pasa la noche en ella sea incapaz de soñar. Fuera de esas paredes si se puede, pero dentro es imposible. Hace años me resigné a vivir sin sueños. Primero me sentí el hombre más desgraciado del mundo, pero después me di cuenta de que podía seguir soñando despierto. En realidad, esos son los sueños que queremos que se hagan realidad. Yo tengo una bella casa, y una bella familia. Y una colección de almohadones, que aunque no pudieron devolverme los sueños, ni propios ni prestados, son todo un homenaje a las noches vacías. En estos años he descubierto que para muchos, esa influencia que ejerce la casa sobre ellos, ha sido toda una liberación. Hay muchas personas perseguidas cada noche por sus fantasmas, sus monstruos, y aquí son libres, por eso me siento feliz, porque he visto a muchas personas entrar con el alma agotada y salir recuperando las energías y soñando despiertos con un nuevo camino. Seguiré almacenando esos almohadones vacíos, en tributo a ellos mientras pueda. Todo el mundo debería poder refugiarse de su mente”

¿Aquello era posible? ¿La casa tenía algún tipo de influencia mágica que impedía a las personas soñar cuando dormían en ella? El abuelo había perdido la cabeza. ¿O no? Si se paraba a pensarlo, desde que llegó allí, ¿Podía recordar haber tenido algún sueño? No, no podía. Pero no recordarlo no significaba no haberlos tenido ¿Verdad?

Dos meses después abría las puertas de la nueva casa de huéspedes, “Noches vacías” sin hacer honor a su nombre, en cuanto la anunció en Internet ofreciendo el descanso especial que podía conseguirse allí, las reservas se hicieron tan abundantes como para llenar la agenda de varios meses. Ella no había vuelto a tener sueños, ni buenos ni malos. Lo que hacía que se despertase siempre con las energías renovadas y soñando despierta. Aunque tampoco le hacía falta, porque aquella casa que no la dejaba soñar, le había devuelto la ilusión por cumplir sus sueños

Fin



Besos de cereza

Llegaba tarde al trabajo, otra vez. Sabía lo que Roger le diría, o más bien no diría, en cuanto la viese entrar por la puerta del establecimiento en el que transcurría la mayor parte de su vida. Pero a pesar de que la idea de comenzar aquel miércoles con una de las miradas austeras y hasta terroríficas de su jefe no era nada apetecible para ella, tenía que hacer una última parada antes de llegar a su destino final.

Apretó el paso haciendo que la falda de su uniforme amarillo se le enredara entre los muslos. No hacía buen día; nublado y con un desagradable viento que obligaba a su cabello color chocolate a permanecer más tiempo sobre su rostro que enmarcando el mismo. Por lo menos el uniforme conjuntaba estupendamente con sus botas azul turquesa con un lacito impreso, amarillo también. Y para aquel día especialmente inestable y húmedo de otoño las botas eran imprescindibles.

Una nueva ráfaga de viento levantó las hojas color teja, mostaza y rojizas que caían de los prunus del parque frente al que se encontraba el Stars, coffee and blues, la cafetería en la que trabajaba. Las hojas comenzaron a bailar en torno a sus pies, sonrió feliz de presenciar el juego de colores y se apartó un mechón de cabello de los ojos. Pisó un charco de agua y saltó evitando tropezar con el patinete de un chico que acababa de perder el control cayendo a un par de metros de ella. El chico se levantó avergonzado mirándola y ella le guiñó un ojo, lo que hizo que se ruborizara aún más. Se acercó al pequeño kiosco de golosinas blanco y rojo en la acera y miró a la mujer que lo llevaba con gesto esperanzado.

—¡Dime que hoy sí los tienes! —añadió en tono suplicante. Sus enormes ojos castaños expresaron todo el anhelo que guardaba su corazón por conseguir su preciado capricho.

La mujer sonrió iluminando su rostro redondeado de piel olivácea.

—Has tenido suerte, bonita. Me queda uno.

—¿Uno?... Bueno —resopló—, algo es algo —dijo conformándose. Los hoyuelos de sus mejillas se intensificaron anticipando el disfrute que experimentarían sus papilas en cuanto pudiese disfrutar de su anhelado caramelo.

Estaba enganchada a los caramelos de cereza con palo. No sabía muy bien cuándo había comenzado aquella fijación, porque ni de niña se había sentido especialmente tentada por los dulces, ni siquiera por las golosinas con su variedad de sabores y brillantes envoltorios. Pero desde hacía unos años los buscaba por todas partes. Tomó el Kojak y pagó a la tendera sin perder tiempo. Vio que Roger, en la puerta del local, ya la esperaba con cara de malas pulgas, cruzado de brazos y con el trapo de secar la vajilla colgado de la cinturilla de sus pantalones bajo una prominente tripa que no tenía forma de ocultar. Metió el caramelo en el bolsillo de su uniforme junto a la chapa que la identificaba con su nombre como empleada de la cafetería, y cruzó la calle corriendo al encuentro de su malhumorado jefe.

—Andrea...

—Sé que llego tarde —lo interrumpió antes incluso antes de llegar hasta él—, pero también sabes tú que soy la última en marcharse cada noche. Y no te sienta nada bien fruncir el bigote. Los clientes van a pensar que has comido algo en mal estado —terminó el discurso junto a su oído. Le dio un beso zalamero en la mejilla y pasó por su lado en dirección a la barra a toda prisa. Tomó su delantal blanco y saludó a Peny, su compañera de barra en la cafetería aquella mañana, mientras lo ataba a su espalda con una lazada.

A su vez, Roger, en la puerta, apenas era capaz de disimular la sonrisa que se paseaba por sus labios bajo el bigote.

—Llegas tarde —le hizo notar Peny, aunque su tono no mostraba enfado. Se pasó el dorso de la mano por la frente para apartarse un mechón rubio del cabello.

—¿Has tenido mucho trabajo?

—Un grupo de yupis exigentes con prisa por hacerse con su café para llevar. Nada nuevo. Pero me habría venido bien tu derroche de sonrisas matinal para aplacar los ánimos.

Andrea le sacó la lengua y salió del mostrador para recoger las tazas vacías de una de las mesas. Las dejó sobre la barra desde fuera con la intención de seguir recogiendo, cuando su compañera le dijo:

—Pero no te alegres tanto. Me voy a fumar un cigarro y te dejo con el tío raro de la mesa siete. Lleva media hora ahí sentado y aún no se ha decidido —le dijo señalándolo.

Andrea miró hacia la mesa indicada, pero tardó unos segundos en ver a su ocupante, ya que las chicas de la mesa de enfrente decidieron que aquel era el mejor momento para levantarse de sus asientos y abandonar el local. Observó a su compañera hablando con Roger y volvió a mirar hacia la mesa y entonces se encontró con la mirada verde, intensa e inolvidable del cliente.

El corazón de Andrea se precipitó en una carrera desenfadada. Percibió que el aire que intentaba respirar se volvía espeso y comenzaron a sudarle las manos, que apoyó en el mostrador para mantener el equilibrio, girándose y dando la espalda al hombre. Cerró los ojos intentando mantener el control de sus sentidos alterados, y las imágenes comenzaron a sucederse en su mente como una película antigua, en blanco y negro.

Estaba en un armario. Oscuro. La habían metido allí con los ojos vendados, por lo que no tenía ni idea de lo que había en el interior, pero olía a antipolillas y zapatillas de deporte, hasta que entró él. Oyó el chasquido de la apertura de la puerta a su espalda y se giró, sintió otra presencia, el aroma de una colonia masculina y cerrarse de nuevo la puerta entre las risas que se oían del exterior. Comenzó a desbocarse el pecho, como en ese momento, y estuvo tentada de salir del armario corriendo como una cobarde. Se detuvo solo pensando que en el exterior el resto de los chicos de su clase, que aguardaban, sería exactamente lo que pensarían. Era la primera vez que era invitada a una de las fiestas de cumpleaños de las populares de la clase, en su segundo año de instituto. Y todo había ido bien hasta que decidieron empezar con el juego de los besos. Ella no había besado aún a un chico y no le apetecía en absoluto empezar esa noche, menos aun cuando la botella de cristal la señaló ella como la primera en entrar en el armario. No tenía ni idea de quién sería el chico, pero ninguno de los presentes le había llamado especialmente la atención. Por lo que su primera reacción al sentir que el otro ocupante del reducido espacio se aproximaba a ella, fue levantar los brazos para detenerlo, apoyando los antebrazos en su pecho.

Él no dijo nada, se limitó a posar las palmas de sus manos más grandes, cálidas y suaves, sobre las suyas. El contacto fue sutil, pausado y excitante. Lentamente el chico fue subiendo desde sus manos recorriendo parsimoniosamente sus brazos. Cada centímetro de su piel erizada y expuesta. Andrea contuvo el aliento cuando llegó a su cuello. Las yemas de sus dedos acariciaron a tientas los mechones del cabello que enmarcaban su rostro. La piel le olía jabón y galletas de canela. Lo sintió aproximarse un pasito más, hasta que el espacio entre los dos fue prácticamente nulo. El aliento cálido y dulce de él le acarició los labios justo antes de que ella entreabriese los suyos sumida en una mezcla de sorpresa, deseo y nervios.

Tal vez debía marcharse. No conocía a ese chico de nada. No sabía ni su nombre e iba a dejar que él fuese el que le diese el primer beso. Tenía que marcharse, pero nada en el mundo conseguiría que lo hiciera después de haber sentido sus manos rodear su rostro con ternura y posar sus labios sobre los de ella.

Apenas fue un tibio contacto. Lento, suave y efímero, como el aleteo de una mariposa. Pero fue consciente de como abandonaba de su cuerpo hasta la última mota de oxígeno de sus pulmones. Y él volvió a posar sus labios en los de ella. Los sintió plenos, cálidos y exquisitos, hasta que tentó con su lengua la boca femenina. Al principio se vio sorprendida, pero al instante quiso explorar el sabor dulce de su lengua.

Cereza. Sabía a cereza. Dulce y sublime Kojak de cereza. Sus lenguas se acariciaron y saborearon unos segundos, hasta que la puerta del armario se abrió y la luz se encendió súbitamente.

Sin pensarlo se apartó de él y ambos se quitaron las vendas con apremio mientras los chicos de fuera reían y hacían todo tipo de bromas. Se perdió en la inmensidad de la mirada verde e intensa de aquel chico de cabello negro y labios de caramelo mientras sus mejillas comenzaban a arder marcadas a fuego. Él intentó detenerla, pero salió corriendo de allí sin mirar atrás. Avergonzada y confusa.

Días después una compañera le dijo que era el primo de la chica del cumpleaños, que estaba de visita y llegó en aquel momento a la fiesta. Nunca supo su nombre, jamás volvió a verlo, pero no había conseguido olvidar su mirada, la forma de tocarla, el sabor dulce de sus besos.

Consiente por primera vez de la forma en la que había estado recreando su recuerdo, se llevó la mano al bolsillo de su uniforme, pero en ese momento una mano

desde atrás tiraba del palo de su caramelo sacándolo de su escondite.

Andrea tomó todo el aire que pudieron atesorar sus pulmones y se giró lentamente para ver como él, a su espalda, liberaba el caramelo de su envoltura y lo introducía en su boca de labios perfectos. El guapo chico que la había besado en aquel armario se había convertido en un hombre de arrebatador atractivo que la miraba con sonrisa complacida.

—Ese caramelo es mío —le dijo ella en un susurro.

Él sonrió, lamió con gusto el caramelo y lo sacó de entre sus labios justo antes de decirle.

—Pienso devolvértelo, Andrea, como besos de cereza.

Fin

Desde
ese
instante



Lorraine Cocó

Desde ese instante

Hacia apenas ocho horas que Lorelei había recibido la noticia, las mismas que había dedicado a limpiar tenazmente su pequeña casa en Green Valley. Su hogar relucía ahora immaculado, impoluto. Eso debería haber hecho que se sintiera mejor o por lo menos que se agotara lo suficiente para que su mente dejase de funcionar. Sin embargo, las emociones seguían ahí. El mismo dolor de cabeza penetrante y la sensación angustiosa de falta de aire, seguían ahí. El corazón desbocado amenazando con partirle el pecho en dos, seguía ahí.

Por fin, se sentó en su cómodo sillón de cuero marrón frente a la ventana convencida de que aquello no se le iba a pasar. Sólo había una realidad, una que tarde o temprano tendría que asumir; estaba sola. Su hermana se había ido y ya no le quedaba nadie.

Abrió los ojos y el paisaje completamente nevado del valle apareció ante ella, hermoso, iluminado bajo la tenue luz de aquel nublado día de diciembre, que le daba un aspecto mágico, irreal. Pero aquello no importaba en absoluto. Se sentía tan fría y etérea como la nieve que lo inundaba todo a su alrededor. El día había consumido sus mejores horas, y ella los mejores años de su vida, sin darse cuenta. Y ahora, ¿qué tenía? Silencio. Un silencio claustrofóbico y espeso que podría volverla loca. Cerró los ojos sintiéndose incapaz siquiera de mantener los párpados abiertos. Contuvo el aire en los pulmones y entonces el silencio se vio roto por la molesta melodía de su teléfono. Anna se la había cambiado hacia unas semanas y ahora se le hacía doblemente irritante, pues le recordaba su abandono. Abrió los ojos con hastío y apatía, para mirar el artefacto. Lo único que la comunicaba con el mundo exterior.

No pensaba coger la llamada.

El sonido cesó segundos más tarde y con alivio volvió a abandonarse dejando caer la cabeza hacia atrás. Como si su cuello ya no pudiese sostener por más tiempo la maraña de pensamientos sombríos que paseaban por su mente burlándose de ella.

De nuevo el sonido del teléfono anunciando otra llamada rompió el silencio obstaculizando la línea de sus pensamientos. Lo que no sabía si convertía aquella interrupción más en molestia o en alivio al permitirle huir de su mente por unos instantes. De cualquier manera no le apetecía mantener una conversación en ese momento. Volvió a cerrar los ojos centrándose en contar los segundos que tardaría la llamada en finalizar nuevamente.

Uno, dos, tres... ¿Quién la habría llamado con tanta insistencia? Cuatro, cinco, seis... ¿Qué molesto era! ¿No pensaba parar nunca? Siete, ocho... Y dejó de sonar. Suspiró, pero no fue solo alivio lo que sintió. Una pequeña porción de curiosidad aderezó sorprendentemente su estado. Abrió un ojo para fijar la vista en el aparato, sobre la mesa. Volvió a cerrarlo negándose con la cabeza que fuese a caer en la tentación de mirar la pantalla para reconocer el número. Se aferró con fuerza a los brazos del sillón hasta que sus nudillos blanquearon, pero se mantuvo sentada.

Aquel era un día triste. El que había elegido para compadecerse de sí misma por ser presa en su mente. Por dejar que su vida transcurriese entre las paredes que eran a su vez su hogar y su cárcel. Por dejar que los miedos le impidiesen, desde hacía casi cuatro años, dar siquiera un paso para cubrir el felpudo que había frente a su tortuosa puerta. Sabía que su hermana la creía patética, un chiste, ridícula. Se lo había dicho aquella mañana mientras la veía marcharse, incapaz de contenerla bajo el marco de la puerta. Cargada con su maleta amarillo chillón, un par de bolsas de papel que guardaban su colección de té favoritos, y el gato que solo se atrevió a tener cuando se mudó con ella, pues si le pasaba algo al animal, jamás habría podido llevarlo al veterinario. Él también la había abandonado, con ella.

No podía culparla. En realidad sí podía hacerlo, podía tener ganas de estrangularla, como lo habría hecho en aquel momento si la hubiese tenido delante. Pero no habría sido justo. Entendía que Anna estuviese harta de la agorafóbica de su hermana. ¿Acaso no lo estaba ella de sí misma?

¡Otra vez el maldito teléfono! ¡No lo podía creer! Había días que esperaba una llamada más que el perdido, agua en el desierto. Aquellos que transcurrían en el más desesperante de los silencios. Pero ese día solo quería abandonarse a su patetismo. ¿A caso no tenía derecho ni a eso? Miró el aparato está vez con furia. Tres llamadas consecutivas... ¿Se podía ser más impertinente! Bufó con fuerza inclinándose hacia la mesa, dispuesta en esta ocasión a dejar clara su molestia a la persona que la estuviese interrumpiendo. Tomó el móvil con fuerza y tocó la pantalla mientras veía sorprendida que se trataba de un número desconocido.

—¡Diga! —contestó con su tono más irritante. Y quedó a la espera de que el interlocutor diese la cara.

Silencio.

Apartó el teléfono de la mejilla, arbolada por el enfado, para observar la pantalla anunciando que la llamada había finalizado. ¡Era el colmo! ¡Colgar cuando ella estaba dispuesta a contestar! Se levantó del asiento y comenzó a caminar por el salón llevada por el enfado, aferrada al móvil y respirando con dificultad.

Ahora esperaba impaciente que volviesen a llamar.

—¡Llama! ¡Llama, maldito! —gritó al teléfono. Y entonces el sonido de la puerta la sobresaltó hasta pegar un salto y llevarse la mano al pecho desbocado.

Desde su posición podía ver la puerta, y sintió como esta se aproximaba a ella, sin que sus pies se moviesen del sitio. La veía más grande por segundos, y su corazón en ese momento ya estaba a punto de salir disparado de su pecho. El timbre volvió a sonar y esta vez la persona que llamaba insistió manteniendo el dedo pegado al botón más de lo considerado cortés. Con paso trémulo dirigió sus pies enfundados en los calcetines gruesos de lana con huellas de silicona que usaba para estar en casa, hasta que las puntas de sus dedos tocaron la madera blanca de la puerta. Acercó el rostro a la mirilla e intentó vislumbrar el rostro del hombre que aguardaba al otro lado. Pero este giraba la cabeza en dirección a la calle, ocultándolo de su campo de visión. Se apartó un paso de la puerta con sigilo y retorció el móvil en sus manos con nerviosismo antes de volver a la mirilla. En ese momento el hombre insistía con el timbre y de la impresión se golpeó la frente con la madera. La exclamación de dolor que brotó de sus labios dejó claro al visitante que estaba tras la puerta, y maldijo entre protestas por el dolor, sintiéndose aún más patética que minutos antes cuando se dedicaba en cuerpo y alma a regodearse en su fracaso como persona normal.

—¡Señorita, sé que está tras la puerta! ¿Puede abrirme, por favor? ¡Hace frío y tengo un envío para usted!

La voz del hombre, grave y ligeramente aterciopelada llegó hasta ella cargada de impaciencia.

—¡Yo no he pedido nada! —gritó al otro lado de la puerta— ¡Está confundido!

—¡Lo dudo, las indicaciones son precisas!

La voz aguardó un par de segundos antes de continuar como si revisase los datos de los que disponía.

—¡Encargo para la señorita Lanter, en el 25 de la calle Teagarden!

¡Maldita sea! Esa era su dirección, pero sin duda no había hecho pedido alguno que justificase aquella inoportuna entrega. El hombre estaba buscando a la otra señorita Lanter, la que la había abandonado aquella mañana. La traidora que la había dejado sola con sus miedos más profundos. No debería abrir la puerta y dejar así sin recibir el pedido de su hermana. Se dijo frunciendo el ceño mientras se cruzaba de brazos, pero una nueva timbrada le dejó claro que aquel debía ser el repartidor más insistente y cansino del mundo. Quitó los dos pestillos y giró las tres vueltas de la cerradura que la mantenían alejada del mundo exterior, antes de dar tiempo a aquel persistente hombre a tocar de nuevo su timbre.

Apenas tuvo un segundo para observarlo; alto, le sacaba más de una cabeza. Fuerte, ocupaba todo su campo de visión impidiéndole ver la calle tras él. El cabello le caía ligeramente húmedo sobre la frente a causa de la nieve. Lo último que vio acercarse a ella fueron sus grandes ojos verdes, como el musgo, antes de que le rodeara el rostro con unas manos sorprendentemente cálidas y se apoderase de su boca de labios abiertos y péticos por la sorpresa. El aliento abandonó su cuerpo junto al grito de asombro que desgarró su garganta. Aun así, fue incapaz de apartarse cuando la lengua del hombre invadió su boca de forma dulce y cálida, como miel caliente resbalando por su lengua. Sus jugos se mezclaron y sintió cada fibra de su ser rendirse a la íntima y exquisita caricia. Como si cada terminación nerviosa de su cuerpo se sometiese a aquel inesperado y perturbador contacto, el siguiente sonido que salió de sus labios fue un jadeo quedo. Se sintió flotar mientras él le pasaba uno de los fuertes brazos por la espalda hasta rodear su cintura. Solo fue consciente del juego tortuoso de su lengua, de sus labios sobre los suyos henchidos y palpitantes, hasta que los pies comenzaron a helársele sobre la nieve del jardín.

Estupefacta, apartó los labios abruptamente del hombre y miró hacia abajo con desconcierto. Había salido de la casa y del porche, y sus calcetines, ahora empapados, estaban cubiertos por la gruesa capa de nieve que cubría el camino de entrada a su pequeña parcela.

Sin aliento y con el corazón precipitado en una dolorosa carrera miró de nuevo al hombre que le regalaba la más hermosa de las sonrisas que ella hubiese visto jamás.

—Feliz navidad de parte de su hermana, señorita Lanter.

Y su corazón se detuvo consciente de que nada volvería a ser igual para ella desde ese instante.

Fin

Colección Bocaditos. ¿De qué va esto? Podéis preguntaros algunos. Pues surge de algo que descubrí con una de mis novelas anteriores, ¿Bye bye, Love! Y es que adoro las historias cortas pero intensas. Esas que te permiten sufrir, amar y vivir otra vida en pocas horas. Toda la pasión, la locura, el amor, que podrías encontrar en una obra mucho más larga, concentrados en pocas páginas, capaces de llevarte al límite de las emociones. Como autora, también son muy estimulantes para mí. Y decidí crear una colección de este tipo de historias.

El nombre de Bocaditos viene de otra de mis pasiones, la comida. Soy muy golosa, algo que se puede apreciar también en mis historias. Y mi dulce favorito, sin lugar a dudas, son los bocaditos de nata. Tan dulces y deliciosos como los dulces más grandes, pero en pequeñas dosis. Y por eso, por la similitud que tienen con este tipo de historias, cortas pero intensas, decidí que no había mejor nombre para ellas.

¿Y de dónde surge la idea de este sorteo? Pues para empezar sabéis que siempre estoy maquinando este tipo de cosas. Y en esta ocasión no podía ser menos. Y para terminar, surge también de la necesidad de decidir entre mi extenso argumentario de historias, que me muerdo por escribir, cuál será la siguiente en la que me sumergiré.

Tomar esta decisión es sumamente difícil para mí porque todas me gritan para que les de vida. Y entonces pensé: ¿Quiénes mejores que mis lectoras para hacer la elección?

Llegados a este punto, ¿qué tenéis que hacer para participar?

1- Entrar en:

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/> Es mi grupo de encadenadas en Facebook. Id al sorteo anunciado en la publicación marcada del grupo. Allí encontraréis las portadas que también os dejo a continuación.

2- Elegid una de ellas. La que más os llame la atención. Solo podéis votar por una, dejando un comentario con el nombre de la portada, y vuestro nombre. También debéis añadir la captura de pantalla o justificante de compra de vuestro libro, ya sea en digital o en papel.

PREMIOS

Ejemplar en papel firmado, en el momento de la publicación, del libro que resulte elegido por mayoría.

Marcapáginas firmado.

Uno de los personajes de dicho libro llevará tu nombre.

Taza de las encadenadas de Lorraine Cocó.

PLAZO DE PARTICIPACIÓN

Desde la fecha de publicación de Hecho con amor, hasta el 13 de mayo, 2016.

¡Y eso es todo!

Espero que os resulte interesante.

De antemano, muchas gracias por participar.

Un beso,

Lorraine Cocó



Volver
en
septiembre

Lorraine Cocó

BAJO LA LUZ DE UNA ESTRELLA

LORRAINE COCÓ



PELIGROSA

Tentación



Lorraine Cocó

PELIGROSA

Tentación



Lorraine Cocó

LORRAINE COCÓ

Valentine's
DAY

FIESTA "CINCO SENTIDOS"

ATRÉVETE A SUCUMBIR

Cierra los ojos, contén el aliento, sientélo en la piel...

TODOS LOS LATIDOS
ROTOS de mi 
CORAZÓN  



Lorraine Cocó



LOS
DÍAS
GRISES



*
y tu mirada
azul

LORRAINE COCÓ

Sobre la autora



Lorraine Cocó es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años.

Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia.

Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica.

Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En Mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie Amor en cadena, que consta de ocho títulos.

Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, La Portadora y ¡Bye bye, Love!

En septiembre del 2015 publicó con la editorial Libros del Cristal, “Se ofrece musa a tiempo parcial”, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito.

En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica auto-publicada.

Lorraine sueña con seguir creando historias, y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

Podéis encontrarla en:

www.lorrainecoco.com

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>

Otras obras

Serie Amor en cadena:

Perdición Texana - HQÑ
Ríndete mi amor - HQÑ
Unidos por un ángel - HQÑ
Una boda sin fresas - HQÑ
Mi pequeña tentación - HQÑ
Gotas de chocolate y menta - HQÑ
Con la suerte en los tacones - HQÑ
Dulce como el azúcar – HQÑ
Se ofrece musa a tiempo parcial – Los libros
de Cristal.

Series paranormales:

La Portadora- Romántica´s Cocó
¡Bye bye, Love! - Romántica´s Cocó

Próximas en 2016

-Besos de mariposa. Mayo 2016. En digital
y papel.
-II Recopilatorio de la serie Amor en cadena.
Junio, 2016. En papel.
-Las hermanas De´marsy y sus extraordinarias formas de amar. En digital y papel. Julio, 2016.
-Dákata. En digital y papel. 31 de octubre, 2016.